



UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA

No dejes que me olviden

Carolina López Díaz

Código: 03389725

Trabajo de grado presentado como requisito parcial para optar al título de:

Magister en Escrituras Creativas

Asesor:

Azriel Bibliowicz

Asesor Externo:

Juan Diego Mejía

Universidad Nacional de Colombia

Facultad de Artes

Maestría en Escrituras Creativas

Bogotá, 2012

“La historia nunca ha sido universal; ha sido como mucho, una historia de los vencedores y siempre ha estado ausente una parte de la verdad, la de los vencidos, la de los que desaparecieron y no dejaron rastro.” Walter Benjamin.

Agradecimientos

Nombrar a todas aquellas personas que de una u otra forma colaboraron para la culminación de este trabajo sería una labor titánica, sin embargo, hay quienes se mantuvieron siempre a mi lado, animándome a seguir adelante. En primer lugar, quiero agradecerle a Dios por permitirme llegar hasta aquí, ser quien soy y poner en mi camino a personas maravillosas.

A mis abuelos, padres y hermanos por su ayuda y apoyo incondicional a lo largo de mi vida y en especial durante la realización de este proyecto; a mis profesores, en especial a mi asesor, quienes con sabiduría han sabido guiarme por los caminos del conocimiento y me ayudaron a superar los obstáculos y dificultades para sacar adelante la novela, y a mis amigos, que nunca les ha sobrado una palabra de aliento, un consejo, una sonrisa, una mano amiga, cuando más los necesito.

Contenido

Prólogo	6
No dejes que me olviden.....	11
Qué vamos a hacer con todos estos muertos	18
No dejes que me olviden.....	22
Qué vamos a hacer con todos estos muertos	26
No dejes que me olviden.....	30
Qué vamos a hacer con todos estos muertos	33
No dejes que me olviden.....	36
Qué vamos a hacer con todos estos muertos	41
No dejes que me olviden.....	46
Qué vamos a hacer con todos estos muertos	50
No dejes que me olviden.....	54
Qué vamos a hacer con todos estos muertos	58
No dejes que me olviden.....	63
Qué vamos a hacer con todos estos muertos	67
No dejes que me olviden.....	73
Qué vamos a hacer con todos estos muertos	78
No dejes que me olviden.....	83
Qué vamos a hacer con todos estos muertos	86
No dejes que me olviden.....	91
Qué vamos a hacer con todos estos muertos	94
No dejes que me olviden.....	101
Qué vamos a hacer con todos estos muertos	105

Prólogo

Desde que tengo memoria he sentido una fascinación por la literatura, en ella encontré la forma de exorcizar mis temores, obsesiones y fantasmas, ya sea sumergiéndome sin descanso en las profundidades de cuentos y novelas, o dejándome llevar por la escritura, afortunada o no, de varios textos. Este proyecto no es la excepción.

Hace cuatro años viajé a la ciudad de Santa Marta con el propósito de tomar unas vacaciones, pero el azar hizo que terminara por ejercer mi profesión, el periodismo, en un medio local. Allí me encontré con una realidad, más allá del turismo y hermosas playas, que lamentablemente es poco conocida en los medios nacionales. Sin embargo, fue al cubrir la fuente de judiciales que esa realidad se hizo más cercana. A diario tuve que enfrentarme a hechos violentos como accidentes, suicidios, capturas, robos, y en especial homicidios, muchos de los cuales respondían a una larga historia de violencia y lucha de poder entre grupos armados cuyo propósito es tener el control del narcotráfico en la zona.

En medio de tantas historias llegó a mí la de Carmen Rosa Pontón, quien fue desaparecida y luego asesinada por los paramilitares cuando regresaba a Santa Marta para los quince años de su hijo mayor. Él al igual que sus dos hermanos, quedaron al cuidado de Raquel Nevado, la madre de Carmen Rosa.

Si bien su historia quedó plasmada en una crónica que publiqué frente al tema de la entrega de restos y la desaparición forzada, sentía que no era suficiente. La imagen de Raquel seguía rondando en mi mente. Esa mirada que suplicaba que su historia no fuera una más del montón y quedara en el olvido, me recordaba a José Arcadio Segundo Buendía, en Cien años de soledad, cuando luego de sobrevivir a la masacre hecha por la compañía bananera en la plaza de Macondo, en donde murieron según él, más de tres mil personas, nadie le creyó porque la verdad oficial terminó por imponerse.

Al comenzar a escribir tuve que enfrentarme a la primera decisión y quizá la más importante del proyecto, contar la historia tal como sucedió o partir de ese conocimiento para construir una nueva. Ésta última me pareció más fructífera y enriquecedora, y a la vez quería evitar que esa realidad se convirtiera al final en una limitante. Si bien durante mi labor periodística había recaudado información importante, no estaba segura de que fuera suficiente, y las fuentes, en caso de tener que consultarlas de nuevo, se encontraban en Santa Marta.

Al principio creí que la mejor forma de abordar el proyecto era alejarme del tono periodístico. Sabía que quería contar el día en que Ofelia recibía los restos de su hija y a partir de ahí reconstruir su historia. Sin embargo, a medida que avanzaba en la escritura era imposible evitar que la crónica y el periodismo permearan el texto, y aún así, no encontraba el tono ni la manera de contarlo.

Ensayé entonces varios tipos de narrador y puntos de vista, hasta que se impuso la segunda persona que cuenta la historia de Ofelia. Al principio creí que era su propia conciencia la que le hablaba al oído, pero no era lo suficientemente profunda para ser creíble, tampoco era una voz fantasmagórica como la que usó Carlos Fuentes en Aura, se trataba más bien de una voz cálida que más que contar su historia intentaba entenderla, y esa voz a su vez fue pidiendo espacio y tomando fuerza dentro del relato.

Pero quién era esa voz, quién contaba la historia, era alguien cercano a ella o por el contrario, era alguien lejano que al igual que yo, una vez conoció la historia ya no pudo sacarla de su cabeza. Decidí entonces que fuera Melisa, una periodista de judiciales, tan metida en su rutina diaria que nada la conmovía hasta que conoce a Ofelia, y eso a su vez empieza a cuestionarla sobre su oficio.

Escoger a Melisa me permitió también zanjar la pelea que tenía con el periodismo, reconciliarme con él, a fin de cuentas es parte de mi vida, de lo que soy. Decidí que en vez de evitarlo, iba aprovecharlo y partir de toda esa experiencia para contar una historia diferente, que no fuera la típica novela de desaparecidos o de violencia. Por eso, para recrear el día a día de Melisa, qué mejor que usar mi experiencia personal como redactora de judiciales y la de algunos colegas. Es así, que muchas de las notas y sucesos que se incluyeron fueron reconstruidos a partir de apuntes y noticias publicadas durante esa época.

Ahora tenía dos voces, una segunda persona que en un falso presente cuenta el día en que Ofelia recibe los restos de Marta, y una primera persona que cuenta el día a día de Melisa y la forma como recrea la historia hasta convertirla en una crónica, sin embargo, surgió un nuevo problema, cómo articular esas voces. Para esto me sirvió mucho la estructura usada por William Faulkner en La Casa de la Palmeras, en donde se cuentan dos historias distintas de manera simultánea, en espacios y tiempos independientes.

Si bien el proyecto narra el drama de Ofelia, también explora el mundo del periodista de judiciales en donde la muerte se vuelve tan rutinaria que termina por hacerlo insensible ante el dolor ajeno, pero a la vez se puede llegar a sentir tan profundamente que es capaz de cambiarle la visión del mundo.

Para alimentar esta nueva forma de abordar la novela retomé algunos textos y autores que me impactaron durante el pregrado como Truman Capote, Tom Wolfe, Mark Kramer, Joan Didion, entre otros, pertenecientes al llamado periodismo literario o nuevo periodismo, así como crónicas y textos periodísticos de Gabriel García Márquez y Germán Castro Caicedo, que me sirvieron para incluir una crónica dentro del relato, no como algo gratuito sino como el motor y gestor de toda la trama.

Sabía entonces que no era un reportaje novelado como Elegidos para la Gloria de Tom Wolf, ya que una de las grandes diferencias que hay entre el periodismo literario y la novela es que aunque se valen de los mismos recursos narrativos, todo lo que cuenta el periodismo es real. Era definitivamente ficción, pero se alimenta y se construye con hechos y relatos reales para darle verosimilitud a la atmósfera y la época en la que se desarrolla el relato.

También fue necesario ver cómo otros autores han abordado el tema de la violencia y la desaparición forzada, es el caso Los Ejércitos de Evelio José Rosero o La Multitud Errante de Laura Restrepo, Los Años de Tropel de Alfredo Molano, entre otros. Así mismo, revisar la información existente sobre el paramilitarismo, la desaparición forzada, el manejo del duelo, el proceso de Justicia y Paz, entre otros aspectos a fin de construir mejor los personajes y la atmósfera.

Es así como después de tantos ires y venires, de decisiones tomadas y desechadas, el proyecto se convirtió en un lugar en el que convive la narración, la reflexión, la noticia y la crónica periodística, con el único fin de exorcizar el fantasma de Raquel y de brindarle al lector la posibilidad de dejarse tocar por una realidad que a veces es tan absurda e increíble que parece sacada de la imaginación.

No dejes que me olviden

Esta mañana tus ojos se abren más temprano que de costumbre. Un olor a tierra mojada llena la casa. Tu cabeza es un amasijo de imágenes, palabras y sensaciones. Los recuerdos que te abrumaron toda la noche terminaron por espantarte el sueño. Sin más remedio te pones en pie. El sonido de las tablas acompaña el esfuerzo por desprender tu cuerpo pesado del lecho. Con sesenta y ocho años a cuestas cada vez es más difícil levantarte.

Te sientas en el borde de la cama mientras repasas una a una las palabras que escuchaste ayer. Quieres estar segura de que no lo soñaste como tantas otras veces. Incontables fueron las noches en las que te levantaste agitada y corriste a abrir la puerta porque estabas segura de haber escuchado a Marta gritando tu nombre y el golpe de sus puños contra la madera, o descolgabas el teléfono creyendo que había sonado, sólo para encontrarte con el ruido del tono.

También hubo días en los que despertaste con la sensación de haber hablado con ella. La imaginabas llorando porque su amante, ése por el que creías que había renunciado a su familia, la abandonó en una ciudad extraña; o por el contrario, estaba feliz hablándote de una vida próspera en otra ciudad, en otro país, prometiendo regresar por ustedes. Tampoco sería la primera vez que creyeras

haber recibido una llamada en la que te decían que tu hija había aparecido en cualquier hospital ya fuera en coma, con amnesia e incluso loca, sólo para justificar su ausencia. Por eso en el fondo prefieres haberlo inventado.

Pero no. Esta vez es real, tiene que serlo. Vanesa estaba a tu lado cuando recibiste la llamada, y fue ella quien anotó el lugar y la hora de la cita. No fuiste capaz de escribir, tus manos temblaban, la vista se te nubló y apenas si podías sostenerte. Necesitaste varios minutos después de colgar para reponerte de la noticia. Hoy verás a Marta, más bien lo que queda de ella a las diez de la mañana en la Quinta de San Pedro Alejandrino. Te abruma la certeza de su muerte porque con ella se ha extinguido también la esperanza.

Aún falta mucho. Sin embargo, te parece que seis horas es poco en comparación con el tiempo que llevas esperando, deseando volverla a ver. Hace seis años, tres meses y siete días su presencia se desvaneció sin dejar rastro. La esperabas para la primera comunión de Vanesa, pero nunca llegó. Con el tiempo te resignaste a que el sonido de su voz se diluyera sin remedio y a que su imagen, congelada en una que otra fotografía, no fuera suficiente consuelo. Como tampoco lo han sido tus nietos, de quienes tuviste que hacerte cargo justo cuando creías haber alcanzado una vida tranquila y sin ataduras.

Ahora, luego de interminables noches de angustia, incertidumbre y mucho dolor la verás de nuevo, quizá no como la imaginaste tantas veces, pero al menos la volverás a ver. Los años y las vicisitudes de la vida te han mermado las fuerzas, tanto que a veces dudas si serás capaz de seguir adelante. Hoy es uno de esos días. Estás tan ansiosa que preferirías que Alcides estuviera a tu lado para no tener que enfrentar sola este momento, pero de nuevo él no está cuando más lo necesitas.

Sin proponértelo, recuerdas aquella mañana de abril en la que sola debiste recorrer los casi cinco kilómetros que separaban tu vivienda del pueblo para dar a luz. Los dolores de parto llegaron antes de tiempo, justo cuando tu marido se encontraba de viaje. Era miércoles. Te levantaste temprano. El canto del gallo te anunció que era hora de ir a ordeñar la vaca. Luego pasaste por el corral para darle de comer a las gallinas, siempre seguida por Matías, el perro que te dejó tu padre al morir y que pese a su edad se empeñaba en seguir en este mundo. Estabas pelando la yuca para el desayuno cuando sentiste una punzada en la parte baja del abdomen, creíste que tal vez algo te había caído mal y seguiste cocinando. De nuevo una punzada, luego otra y otra más. Te tomaste una aromática pero no sirvió de nada. Fuiste a la habitación y te recostaste con la esperanza de que el malestar pasara pronto, pero no fue así, con el paso de los minutos el dolor se hizo más fuerte, más frecuente, más insoportable. Gritaste pero no había nadie a tu alrededor, sólo los ojos expectantes de Matías que aguardaba en la puerta.

Maldijiste una y otra vez a Alcides que había viajado dos días antes hacia la Guajira junto al compadre Elías para traer la cuna y algo de mercancía, creyendo que el nacimiento sería a finales de mayo. Lamentaste tanto que hubiesen fallado las cuentas. Sacaste fuerzas de donde no las tenías y aún retorciéndote de dolor buscaste entre la mesita de noche las llaves del viejo jeep, que parecía ser un adorno más en la casa. A cada rato le decías a tu marido que se deshiciera de él, raras veces lo usaban ya fuera porque se averiaba o porque la trocha que conducía al pueblo estaba en tan mal estado que tardaban menos caminando o en burro, menos mal aún no te había hecho caso.

Te dirigiste a paso lento hacia el vehículo. Entre tus manos se bamboleaba el pequeño llavero cuadrado en el que apenas si se distinguía el escudo del Junior. El rojo y el azul bastante deslucidos se parecían cada vez más al blanco amarillento del fondo. La corta caminata te confirmó que a pie sería imposible hacer el trayecto. Quedarte en casa o tirada en cualquier recodo del camino a merced de los animales te resultaba aún peor. Aunque muchas veces le escuchaste a tu madre contar cómo había traído seis hijos al mundo sin necesidad de médicos ni hospitales, si acaso con la ayuda de una partera, no te sentías capaz de hacerlo sola, en el fondo sabías que no eras como ella.

Una vez metiste la llave rogaste al cielo para que funcionara. Los pocos minutos que tardó el motor en arrancar te parecieron eternos. Hace años no manejabas,

por fortuna aún creías recordar cómo se hacía. Tu padre te enseñó a regañadientes años atrás. Se había caído del caballo y no pudo manejar por casi dos meses, no tuvo más remedio que enseñarte, eras la mayor y necesitaba llevar la cosecha al pueblo, pero desde entonces manejabas poco.

Matías con sus ladridos te acompañó una parte del trayecto, a veces sólo verlo avanzar fatigosamente por el retrovisor te bastaba para recobrar fuerzas y seguir adelante cuando creías desfallecer. Y es que tu travesía hasta el pueblo era una especie de sinfonía en la que se mezclaban los ladridos del perro con los sonidos metálicos de las piezas que parecían desbaratarse en cada hueco o curva que debías superar. Cada tanto interrumpía el traquetear de la transmisión caprichosa que se negaba a aceptar los cambios y la retahíla eterna de oraciones intercaladas con gritos de dolor.

Avanzar por la trocha llena de huecos y humedecida por el aguacero de la noche anterior no fue nada fácil. El jeep insistía en tirarse hacia la izquierda como si quisiera lanzarte al abismo que te rodeaba. Un par de veces creíste que quedarías atrapada en el lodo, tuviste que bajarte y colocar algunas piedras para salir de él. Estabas toda embarrada y por si fuera poco, cada cinco o siete minutos debías detener la marcha a causa de las contracciones, y necesitabas otro más para reponerte y continuar. No había nadie en el camino, no era día de mercado y la finca más cercana, la de Elías, quedaba en dirección opuesta. Para qué perder el tiempo si sabías que la encontrarías vacía.

Faltando poco para llegar a la carretera sentiste muchas ganas de orinar y te detuviste. Mientras lo hacías, notaste algo diferente en el líquido, en vez del tradicional amarillo tenía un color transparente, y su olor era parecido al del blanqueador, el mismo aroma que sentiste impregnado en el cuarto de tus padres cuando nació Engracia, tu hermana menor. La imagen te asustó tanto que subiste de nuevo al jeep y avanzaste lo más rápido que pudiste. Las ramas golpeaban violentamente contra el cristal, algunas incluso terminaron arañándote el brazo al colarse por la ventana. Ayudó un poco que pasaras de los huecos y charcos a un terreno un poco más parejo. Los ruidos del carro disminuyeron su intensidad y hasta la transmisión se dobló a tus deseos. Por momentos lograste olvidar el dolor que sentías. Ya no rezabas, ya no gritabas, lo único que importaba era llegar lo más pronto posible a tu destino.

Luego de más de dos horas de recorrido viste por fin las primeras casas del pueblo, seguiste por la calle principal hasta la plazoleta, luego giraste a la derecha y una cuadra más adelante estaba el puesto de salud. Te alivió saber que el médico estaba de turno. Tras una hora más de trabajo de parto se escuchó por fin el llanto de la bebé. Querías que se llamara Ofelia igual que tú, pero al final te decidiste por Marta en agradecimiento a Santa Marta, patrona de las causas imposibles, a quien te encomendaste durante todo el camino, pese a que Alcides quería ponerle Clotilde como su mamá.

Quizá por lo traumático del nacimiento, tu relación con Marta siempre fue más cercana que con tus otros dos hijos que vinieron tiempo después. Clotilde, tres años menor, parece haberse olvidado de ti, en el tiempo que lleva viviendo en Venezuela sólo te ha visitado una vez y casi no sabes nada de ella, salvo por los giros que te envía cada mes como queriendo compensar su ausencia. En cuanto a Efraín, el menor, nunca te gustó que no se separara de su padre, estuvieron juntos hasta en la muerte. A los dos los perdiste hace dieciséis años en un accidente de tránsito, pero no te gusta hablar de eso. Sientes que tu vida se ha convertido en una suma de pérdidas, y hoy no es la excepción.

Qué vamos a hacer con todos estos muertos

Es media noche y no logro conciliar el sueño. En el periódico estaba que me dormía frente al computador, pero apenas llegué a la casa se me espantó. Hoy no quise esperar a que el carro me trajera, aunque salí a las once preferí caminar, no vivo muy lejos, y la verdad, quería acostarme temprano. Aunque desde que me atracaron hace unos días a dos cuadras de mi casa, evito venirme caminando tan tarde.

Fue el domingo pasado. Había salido a eso de las diez. Acostumbro coger por la avenida que está bien iluminada y se encuentra gente en la calle, pero las tres cuadras que hay de ahí hasta mi casa son más bien solas. En la esquina estaba un muchacho recostado contra la pared, parecía estar esperando a alguien. Estaba tan distraída con mis cosas que no le presté mucha atención hasta que se me atravesó, yo traté de esquivarlo pero volvió a interponerse en mi camino. Se le notaba algo nervioso, se metió la mano derecha bajo la camiseta simulando tener un cuchillo que yo sabía no existía, pero era más alto que yo y aún podía hacerme daño. Me pidió que le entregara el celular, en ese momento me asusté un poco, sabía que no llevaba uno sino dos, además de la cámara, la grabadora y algo de

dinero. Saqué el mío que era el más viejito, igual estaba pensando en cambiarlo, y se lo ofrecí.

Él seguía muy nervioso, decía que no era un ladrón, que lo hacía por necesidad, para darle de comer a sus hijos. No sé si era verdad, pero al menos me dejó quitarle la sim card. No hay tesoro más valioso para un periodista que sus contactos. Estaba a punto de irme cuando a él se le dio por revisarme y al tocarme el bolsillo izquierdo del pantalón, notó que llevaba el otro celular que hasta entonces había ocultado con el bolso, también quiso llevárselo, menos mal ese día no llevaba el canguro. Yo lo sujeté con fuerza pero él seguía jalando. Al ver que no lo soltaba me mordió en la mano y lo empujé, hasta le reclamé, le dije que ya le había entregado uno, que me dejara en paz. Por fin se fue pero cogió justo por donde yo tenía que pasar así que tuve que dar un rodeo para llegar a mi casa. Lo que más me molestó, más allá del robo, el mordisco y tener que caminar un par de cuadras más de lo normal, fue que en la casa frente a la que me robaron había gente y sé que se dieron cuenta de lo que estaba pasando. Los escuché cuchicheando tras la ventana, y hasta vi la sombra fugaz de alguien que se asomaba por las cortinas, pero no fueron capaces de llamar a la Policía, ni mucho menos salir a ayudarme. Así es la gente. Por eso últimamente prefiero que el carro del periódico me lleve a casa.

Pero hoy no quería esperar. Aunque ya había acabado mis notas, el diseñador seguía montando las páginas y el carro no sale hasta que las películas estén listas para llevarlas a la planta donde las imprimen, y sólo entonces empiezan a repartir a los que salimos tarde. Como vivo tan cerca al periódico por lo general me dejan de última a menos que el conductor esté de buenas y me deje en casa antes que a las películas, pero no estaba de humor para aguantarme ese paseíto.

Una vez llegué a la casa me cambié de ropa y me fui directo la cama, pero no hice más que dar vueltas. Intenté quedarme dormida viendo televisión, tampoco funcionó. No tuve más remedio que ponerme a escribir. No puedo sacarme a Ofelia de la cabeza.

Cuando me asignaron la crónica, incluso al empezar a redactarla, pensé que sería como cualquiera que había escrito a lo largo de mi carrera. Si bien el tema me parecía interesante, no era más que otra de las tantas facetas de la violencia que han marcado al país desde sus inicios. A Ofelia la conocí mientras investigaba, y fue a través de ella que pude entender lo que significa la desaparición forzada, no porque se tratara de un caso extraordinario ni mucho menos aislado, era uno entre muchos otros. Pero al tener un rostro, para mí dejó de ser una cifra más. Entender que una mujer cualquiera, un ama de casa, una madre podía ser víctima de uno de los crímenes más atroces que puede cometer el ser humano, sin un motivo aparente, me puso a pensar. Ver cómo el dolor permanecía después de tantos años, sentir cómo las palabras se ahogaban en su garganta en medio de las

lágrimas al recordar cualquier detalle por insignificante que pareciera, y el temblor de sus manos al sostener los recortes de periódicos que daban fe de lo que le había sucedido, pero que se quedaban cortos ante la magnitud de su historia, de su sufrimiento, me impactó. Por eso no quiero que sea una crónica más, una historia que se olvide al día siguiente, quiero que deje huella.

Después de un tiempo trabajando en Judiciales siento que me he vuelto un poco insensible. La violencia y la muerte se han convertido en rutina, es raro que algo me conmueva. Al principio lo más difícil era hablar con las familias, ver su dolor, su rabia, su impotencia, pero con el tiempo uno se acostumbra.

Mejor no sigo pensando en eso a ver si al fin me duermo, por fortuna no tengo que madrugar, entro a las nueve, a menos que se les dé por matar a alguien temprano, ojalá que no. Los sicarios deberían tener horario de oficina. Sólo espero poder descansar aunque sea un poco. A veces quisiera volver a cubrir Distrito, era más sencillo, salía más temprano, no tenía que estar correteando muertos, dormía más, tenía vida social.

No dejes que me olviden

La penumbra aún invade el cuarto, guiada por tu instinto, tanteas poco a poco ese espacio de no más de un metro en el que supones se encuentran las chanclas. El aire se ha vuelto pesado, casi metálico, no puedes evitar que los recuerdos opriman tu pecho. Ya no soportas estar ahí, necesitas caminar, respirar, no pensar. Enciendes la luz más para espantar los fantasmas que te atormentan que para evitar tropezar. Los objetos que te rodean se han vuelto tan familiares que no necesitas forzar la vista para avanzar entre ellos. Avanzas hacia la puerta, a la derecha está el baño y unos pasos más adelante, la habitación que comparten Vanesa y Fredy. Te asomas tras la cortina que sirve de puerta sólo para comprobar que aún duermen, envidias la tranquilidad de su sueño. Al menos no han vuelto a tener pesadillas. Al principio, cuando Marta desapareció, se volvieron el pan de cada día, se levantaban a la mitad de la noche llorando o gritando, y más de una vez se pasaron a dormir contigo.

Recoges los libros que han dejado sobre la mesa del comedor. Te diriges hacia la pequeña biblioteca que les tienes en la sala, pero te arrepientes y terminas por dejarlos sobre el sofá. No quieres toparte con las fotos de Marta. Su imagen sólo te recuerda que jamás la verás igual. De su risa, su cabello ondulado, sus brazos

delgados, sólo queda una pequeña caja con sus restos, los mismos que recibirás hoy y que aún te niegas a aceptar. Te asomas por la ventana queriendo con ello ahuyentar las ganas de llorar.

Son las cuatro y media de la mañana. Aún no hay gente en la calle. Sólo se escucha el rumor de las hojas mecidas por la brisa y el lento avance del río Manzanares que atraviesa la ciudad, y pasa muy cerca al patio de tu casa. Vecino amigable la mayor parte del tiempo, pero que te mantiene con el alma en vilo cada vez que llega el invierno, cuando la furia de sus aguas amenaza con llevárselo todo.

Ya una vez lo hizo. La inundación del noventa y nueve casi te deja en la calle. La corriente arrasó con la habitación principal, de la que sólo quedaron un par de paredes en pie y no tuviste más remedio que echarla abajo. Los muebles, los enseres, la ropa, casi todo desapareció en un instante ante tus ojos. El agua te llegaba casi a la cintura y aún así te rehusabas a salir, de no haber sido por los vecinos que te sacaron a la fuerza quién sabe qué habría sido de ti. Pero aún así te supiste reponer y lograste salir adelante.

Tomar la decisión de venirse a vivir a Santa Marta y renunciar a la finca de *Pericoaguado* tampoco fue fácil, por varios años trataron de hacerle el quite a la violencia que se iba apoderando de la zona. Accedieron a pagarle a esos hombres armados que de camuflado y botas recorrían las fincas cobrando por dejarlos

cultivar sus propias tierras a cambio de seguridad. La situación se fue complicando poco a poco, primero la llegada de Clotilde, luego el aumento desmedido de las cuotas que hacía que el dinero ya no alcanzara para nada, y para completar el asesinato de Elías. Tenías miedo de que a Alcides le pasara lo mismo, cada vez estaba más renuente a pagar, así que lo obligaste a que se mudaran a la ciudad.

Lo que les dieron por el jeep y la finca no fue mucho, apenas si les alcanzó para comprar un pequeño lote a la orilla del río y comenzar a construir. Los primeros años fueron duros, no tenían más que una habitación sin baño ni cocina. El agua la sacaban casi siempre del río, sin embargo, para cocinar debían recurrir a las pimpinas de agua que vendían, y aún venden, los carromuleros por las calles. De no ser por el trabajo que consiguió Alcides como estibador en el puerto, y lo que empezaste a ganar confeccionando ropa, no habrían podido salir adelante ni terminar de construir la casa. Esa misma que hoy recorres sin orden, sin propósito. Sólo buscas un lugar que te dé la paz que necesitas. Pero cada rincón, cada objeto, cada olor activa los recuerdos. Son demasiados los años que has pasado en medio de sus paredes.

Hoy de nuevo la vida te pide volver a empezar, ahora con la certeza de que Marta no estará jamás. No quieres pensar en eso, prefieres caminar hasta la cocina. A tientas buscas la olla para poner el café, aún no quieres despertar a tus nietos, pues la luz de la cocina da directo a su cuarto. Mientras esperas a que las burbujas comiencen a subir y se fundan con el café, te topas con tu reflejo en el

cristal de la ventana que da hacia el patio. Hay algo en esa mirada que te incomoda. No sabes si es reproche, nostalgia o sólo te muestra las cicatrices que deja una vida llena de privaciones, abandonos y batallas perdidas. Te quedas como hechizada contemplando esos ojos color café que miras y te miran con insistencia. Te recuerdan a Marta. De nuevo imágenes que llegan a tu mente. Para espantarlas te sirves un pocillo de tinto y te sientas en la mecedora mientras repites mecánicamente padrenuestros y avemarías a la espera de que aparezcan las primeras luces del día.

Qué vamos a hacer con todos estos muertos

Hay sueños tan vívidos que parecen reales, esta mañana por ejemplo, me levanté sobresaltada de la cama. Estaba segura de que en la madrugada me había llamado uno de los paramédicos de las ambulancias para avisarme de un muerto. Un taxista que se había quedado dormido se estrelló contra un poste en la vía a La Paz. Revisé el celular del periódico y luego el mío, pero nada, ni llamadas perdidas ni recibidas. Sin embargo, llamé a la policía para asegurarme, no fuera a ser que ya los estuviera prediciendo, por fortuna no fue así. Todavía no me acostumbro a soñar con muertos, deberían ser suficientes los que veo a diario.

Faltaba poco para las seis de la mañana así que encendí el radio para escuchar los titulares. El muerto del Once de Noviembre, los capturados en Barranquilla, la recompensa por los asesinos del tendero, un par de motos recuperadas, lo mismo que publicamos hoy, nada nuevo, salvo la imagen de Ofelia que sigue rondando mi cabeza.

No he dormido más de cinco horas y la única forma de sacarla de mi mente es escribiendo. Quiero reconstruir el día en que le entregaron los restos de su hija, meterme en su cabeza, tratar de entender cómo fue ese momento, lo que significó

para ella, contar su historia. Espero darle a la crónica la calidez que hasta ahora no he conseguido. Los primeros intentos fueron demasiado fríos, cifras que no decían nada, algunos párrafos los he guardado, tal vez sirvan para un recuadro o para complementar la información más adelante.

Desde que se creó la Unidad de Justicia y Paz en el dos mil cinco hasta el siete de mayo de 2009, se han encontrado en el país 1906 fosas y 2329 cuerpos de los cuales sólo se han podido entregar 532 a sus familias, 636 están por confirmar su identidad, 58 están pendientes de entrega y otros 7 más han sido entregas simbólicas; todo esto gracias al proceso de Verdad, Justicia y Reparación al que se han sometido los Paramilitares desmovilizados.

Después de Antioquia, Magdalena es el segundo departamento del país con el mayor número de cuerpos encontrados tras el proceso de desmovilización de los Paramilitares y que ha permitido saber la suerte de muchos de los desaparecidos de los últimos diez años. En el departamento se han encontrado 335 restos, 55 menos que en Antioquia, de los cuales sólo 129 han sido identificados y entregados a sus familiares.

Vuelvo a leer los fragmentos y sigo convencida de que son demasiadas cifras para que alguien las pueda retener, datos que aunque trágicos, no dicen suficiente, no hay nada en ellos que haga que quien los lea se identifique, se conmueva, por eso

la historia de Ofelia es tan importante para mí. De no ser por el efecto negativo de esos primeros párrafos, quizá nunca la habría conocido.

Cuando empecé a escribir creía tener suficiente información, estadísticas, definiciones, hasta una entrevista con el Fiscal de Justicia y Paz encargado de las exhumaciones, en la que me explicaba cómo era todo el proceso, cuánto costaba, quiénes participaban, qué hacían. Pude enfocarme por ese lado, pero sentía que faltaba algo, necesitaba ponerle una voz, un rostro, más allá de la institucionalidad.

Intenté volver a hablar con el Fiscal pero estaba en Algarrobo haciendo unas exhumaciones y se demoraba alrededor de quince días, así que me contacté con su asistente. Yo quería hablar con algunos familiares de las víctimas. Si bien el año pasado había entrevistado a algunos de ellos en la entrega de restos que se hizo en la Quinta de San Pedro Alejandrino, la más grande que se ha hecho en el país desde que inició Justicia y Paz, no era suficiente. Ese día no hubo tiempo para indagar mucho, no salieron más que breves reseñas de algunas historias, y entrevistas a algunos funcionarios. En la Quinta estaban todas las personalidades de la ciudad y hasta vino gente de Bogotá, pero en el periódico apenas se le dio una página y eran más las fotos que el texto.

Amparo, que conocía todos los casos, no dudó en ayudarme a contactarlos. Fue ella quien me habló de Ofelia por primera vez, me contó cómo los restos de Marta fueron hallados en una fosa en el sector de La Aguacatera, en el corregimiento de Guachaca en noviembre de 2007, gracias a la información dada por Hernán Giraldo en una de las versiones libres. Inicialmente fue reseñada como N.N. y pasaron varios meses antes que la pudieran identificar. Ella fue una de las tantas víctimas del Bloque Norte.

El sonido de la alarma me devuelve a la realidad, ya son las siete y media, es hora de alistarme para ir a trabajar. Todos los días la misma rutina, escoger la ropa, peinarme, maquillarme, alistar las cosas. Los celulares, la libreta, el esfero, la cámara, la grabadora, los papeles y las llaves en el canguro. Hace rato que dejé de usar bolso, sólo lo llevo cuando tengo un evento importante. El canguro es más cómodo y no corro el riesgo de dejar las cosas en cualquier parte, casi siempre nos toca salir corriendo.

Preparo algo de desayuno y aprovecho para adelantar el almuerzo, me gusta comer en casa, además así puedo descansar un rato, bueno, si las noticias me dejan. Hay días en los que toca seguir de largo, una captura importante a última hora, un muerto al medio día o lo que es peor uno en Guachaca, esos siempre se demoran.

No dejes que me olviden

Ya perdiste la cuenta de los rosarios que has rezado desde que te levantaste. Sentada en la mecedora escuchas al voceador del periódico que grita a todo pulmón, “Asesinan a desmovilizado en Las Malvinas... Le pegaron tres tiros cuando salía de la casa de su novia...”. No puedes evitar dejar el ave maría a la mitad, te mata la curiosidad, quieres oír un poco más, a fin de cuentas conoces la historia, bueno, una parte. Eran más de las seis de la tarde cuando salías de la tienda. De repente sonaron tres disparos seguidos por el ruido de una motocicleta que se alejaba. Te habías quedado paralizada al escuchar el primer balazo. Instintivamente tu mano derecha soltó la bolsa con las compras para darte la bendición. Tomates, cebollas, panes, rodaban por el piso al igual que la sangre del hombre que yacía sólo a unos pasos de donde te encontrabas.

Frente a tus ojos pasaban siluetas que corrían de un lado a otro, pero tus pies sólo se movieron al sentir una mano que te tomaba del brazo y te alejaba de ahí. Ni siquiera te fijaste quién había sido. Por un momento pensaste en regresar por las compras pero era inútil, lo que había escapado a la sangre terminó bajo las pisadas de los curiosos que querían ver más de cerca. Es extraña la fascinación que sienten algunos por la sangre y la muerte, aunque lo lógico es alejarse de

ellas, de una u otra forma los atraen y no pueden evitar querer verlas más de cerca.

Hace un tiempo, seguro, te habrías quedado más tiempo para averiguar quién era, pero ya no, para ti era un muerto más. En ese momento te importaba más saber qué harías de comer ahora que habías perdido las compras, con lo del muerto habían cerrado la tienda y no tenías ganas de caminar hasta la siguiente.

Ahora desde la seguridad y comodidad de tu casa, si quieres, puedes saber no sólo su nombre, sino también su edad, de dónde era, qué hacía, el nombre de sus padres, hermanos o hijos, incluso el de su novia, hasta podrías conocerla, y después pasarte por su casa o intentar hablar con ella para averiguar más detalles. Tal vez digan que cogieron a los sicarios, pero piensas que es imposible, pocas veces lo hacen, y de ser así, ya lo habría dicho el voceador.

Si pudieras adivinar lo que saldrá en los periódicos mañana, sabrías que dirán que se trató de un ajuste de cuentas porque era desmovilizado, aunque tal vez sería más interesante si se tratara de problemas pasionales. En el peor de los casos, dirán que se desconocen los móviles. Siempre es lo mismo. Agregarán quizá un detalle pero ya no estará en primera página, con seguridad será reemplazado por otro muerto, tal vez más. Quizá hoy no maten o no se mate nadie. A veces pasa. Igual será reemplazado por otra noticia y terminará en el olvido como tantos otros.

No será más que una cifra al final del mes. A los únicos que realmente les importa, es a sus familiares. Los muertos no duelen, a menos que sean los propios.

El sonido del voceador se pierde a lo lejos, decides dejarlo pasar, simplemente olvidar, como has hecho con tantas otras cosas a lo largo de tu vida. En realidad son pocas las que crees que valen la pena recordar, aunque existen otras a las que desearías poder eliminar de tu cabeza, pero por más que lo intentas no lo consigues. La memoria es así, caprichosa.

Qué vamos a hacer con todos estos muertos

Antes de entrar al periódico vuelvo a llamar al 112 por si acaso, es algo que hago varias veces al día, a menos que esté en el Comando de la Policía o en la URI de la Fiscalía, allí me entero más rápido y de primera mano de lo que está pasando en la ciudad. Como la mayoría de las veces, me responden sin novedad. En las mañanas, por lo general, se hace consejo de redacción, pero con lo impredecibles que son las noticias en esta fuente, sólo se habla del seguimiento a los muertos del día anterior; en el caso de las capturas, se decide si se va o no a la audiencia de imputación de cargos y legalización de la captura, o se designa quién va a las ruedas de prensa, si es que hay programadas.

Hoy no hay mucho que decir, hasta el momento sólo está el seguimiento al muerto del Once de Noviembre. Me comprometo a hablar más tarde con el Coronel, mientras otro se encarga de llamar a Barranquilla para averiguar si hay algo más del caso de los capturados. De resto, sólo queda esperar a ver qué pasa en la ciudad y que mandan de los municipios.

Hace como un mes, en una de estas reuniones me asignaron, o más bien escogí la crónica. Correa, el jefe de redacción propuso que hiciéramos algunas crónicas a

fin de tener material que nos ayudara en caso de no tener suficientes noticias para llenar las páginas, lo que siempre es un alivio, aunque a veces es todo lo contrario, toca buscar espacio donde no hay para meter todo el material que sale. Algunos de los temas que propuso eran DMG, la restitución de tierras, personas que se hacían pasar por desplazados, extorsiones desde la cárcel y las exhumaciones, yo escogí este último no sólo porque ya había cubierto una entrega de restos y varias notas relacionadas, sino también porque tenía buenos contactos en Justicia y Paz, y las otras no es que me llamaran mucho la atención. Aunque otra compañera también quería el mismo tema, al final me lo dejaron a mí, la antigüedad tiene sus ventajas.

Lo más complicado de las crónicas es tener tiempo para la investigación, sobre todo en mi caso, me la paso casi todo el día en la calle con el fotógrafo buscando noticias, no soporto estar en el periódico sin hacer nada, esperando a que me lleguen como por arte de magia. Si hay un muerto casi siempre me toca a mí, a menos que sean varios y nos repartimos, o que de casualidad alguno de mis compañeros esté con el fotógrafo en ése momento.

Hay quienes me preguntan si no me da miedo, o cómo hago para estar en una fuente como Judiciales con tantos muertos, la verdad, me dan más miedo los vivos, los muertos, muertos están y no te pueden hacer nada, pero un familiar enfurecido, un delincuente, un asesino, cualquiera te puede hacer daño.

Perseguir muertos, como me dicen algunos, no me parece tan terrible, hasta diría que tiene su toque de emoción. Cada vez que nos avisan de uno, salimos corriendo en la moto con Jose, el fotógrafo, y se siente una adrenalina mientras llegamos, es una carrera contra los de criminalística pero en especial contra los de la competencia, todo para conseguir la mejor foto. Suena morboso, lo sé, pero si vas a hacer tu trabajo, hay que hacerlo lo mejor posible, y no es que nos guste que maten gente, por el contrario, es terrible, cuando alguien muere todos morimos un poco. Pero qué se le va a hacer, es el trabajo que nos toca, aunque no me gustaría estar en el lugar de los familiares, reaccionaría igual o peor que ellos.

Antes de salir a hacer el recorrido reviso el correo, hay un boletín de prensa de Antinarcóticos, se trata de una incautación de drogas en el puerto, no es gran cosa, pero al menos ya son dos las noticias que tengo para hoy. No faltan también los mensajes de mis amigos reclamándome que ya no me ven, que si tengo novio, que los tengo abandonados, ojalá pudieran entender que con lo cansada que termino, al final del día lo único que quiero es llegar a dormir a mi casa. Me da envidia ver las actualizaciones del facebook de mis amigos, suben fotos de paseos, de salidas a rumbear, cambian su estado sentimental, hace ya casi un año que el mío sigue igual, *soltera*.

No dejes que me olviden

Asimilar la noticia de que un ser querido ha muerto no es fácil, ni siquiera cuando sabes que tarde o temprano pasará. Cuando llega de repente es peor. A veces tienes la suerte de que te lo digan con delicadeza, que traten de atenuar tu dolor, pero en otras ocasiones la verdad es tan directa, tan cruda, que te resistes a creer. Por eso cuando supiste que Marta, a quien buscabas con desesperación, estaba muerta te pareció irreal. Estabas sentada en una sala con otras treinta o cuarenta personas más, rostros anónimos que al igual que tú buscaban respuestas. La imagen conocida de ese hombre de bigote y sombrero verde sentado detrás de un escritorio junto a su abogado, se proyectaba en la pared. De su boca salía un sin fin de palabras, pero una frase se te grabó en la memoria, *Vine a tratar decir la verdad de todo lo que sé y a las víctimas les digo que no tengan miedo*. Palabras que contrastaban con lo que estaba sucediendo en ese momento al interior de la sala.

Preferías no mirar a tu alrededor no sólo por temor a reconocer tu propio dolor en el rostro ajeno, sino también porque al igual que muchos temías que pese a estar en una habitación diferente, ese rostro pudiera verlos de alguna manera o tuviera a alguien que viera por ellos para luego vengarse, no sería raro, menos con toda

esa gente que estuvo afuera del edificio con pancartas y mensajes de apoyo para ese ser que tanto dolor había causado. Las promesas de verdad, justicia y reparación no parecían ser garantes para que el miedo desapareciera.

Temblabas, querías creer que se trataba del aire acondicionado y no del temor a encontrarte de frente con la verdad, esa que llevabas buscando desde que Marta desapareció pero que a la vez preferirías no descubrir. Para ti era preferible creer las mentiras que inventabas a diario, pensar que se había fugado con el novio y no que le hubiese pasado algo malo, eso dolía menos. Pero sabías que sólo la verdad por terrible que fuera, era lo que necesitabas para poder continuar.

La versión libre inició pasadas las diez y media de la mañana, casi dos horas después de lo previsto. Para muchos, la presencia de los manifestantes en los alrededores de la Fiscalía era riesgosa e incómoda, en especial para los familiares de las víctimas, ya bastante miedo sentían al enfrentarse al Giraldo como para tener que lidiar con ellos también, más si se sospechaba que entre ellos pudieran estar algunos de sus hombres.

Las primeras tres horas fueron desesperantes, sólo se hablaba del número de desmovilizados, sus edades, si eran hombres o mujeres, en qué zonas operaban, y un sin número de datos que nada te decían. Hubo un receso para almorzar. Te obligaste a comer, necesitabas fuerza para enfrentar lo que seguía a continuación, él por fin hablaría de sus crímenes.

Una vez se reanudó la diligencia, comenzó el tormento. Era difícil escuchar cómo había ordenado desenterrar a varias de sus víctimas para que fuesen quemadas o lanzadas al río y así borrar evidencias antes de someterse a la desmovilización, o cómo había dado la orden de asesinar a un estudiante universitario de quien decía que era guerrillero, mientras que una mujer que al parecer era su madre, gritaba en vano a la imagen proyectada en la pared diciendo que eso era mentira, que nunca fue guerrillero, que era un buen muchacho.

El “Patrón” reconoció además que sus hombres cometieron crímenes que le ocultaban y los ejecutaban diciendo que lo hacían en nombre suyo, como ocurrió con una familia Sarmiento, les mataron a seis integrantes el primero de mayo de 2003. Dijo que se acordaba de ellos porque eran cercanos a él, pero que los autores de esa masacre fueron Walter Torres y Eliseo. Se excusó ante el fiscal diciendo que él no los mandó a matar, que ya no tenía el control.

No había emoción en sus palabras, ni dolor, ni arrepentimiento, era como si estuviera leyendo una lista de mercado y no una lista de crímenes. Nombre tras nombre, muerto tras muerto rogabas a Dios para que ninguno de ellos fuera el de tu hija.

– Marta Guerrero Pontón, fue asesinada el veintinueve de agosto de dos mil tres en el sector de La Aguacatera – Diez segundos, diecinueve palabras, ochenta y

nueve letras que te desgarraron el corazón y sentenciaron la esperanza de encontrarla con vida. Tu hija estaba muerta, o al menos eso era lo que él decía.

Nadie te preparó para recibir semejante noticia, no hubo anestesia, no hubo quién suavizara las palabras, fue un nombre entre muchos otros. Ese mismo día otras diecinueve familias recibieron la misma noticia. Todo se congeló en un instante, no sabías cómo reaccionar. Cómo asumir el dolor, la rabia y la impotencia ante una imagen proyectada en la pared, ante decenas de personas que parecían compartir tu situación pero sin tener la certeza de si eran víctimas o victimarios. Te lo tragaste todo como siempre.

Esperaste a que acabara la sesión para desahogarte en la soledad de la habitación en la que te hospedaste. Habías viajado a Barranquilla sólo para escuchar que tu hija estaba muerta. Cómo aceptar esa verdad que te negaste a creer y que te aplastó con todo el peso de su significado. Sembraste una nueva esperanza, querías que se tratara de un error, una equivocación, aún no habías visto su cuerpo, aún cabía la posibilidad de hallarla con vida, ése fue el comienzo de una nueva historia, una nueva búsqueda que terminó justo como no querías que terminara, con la evidencia de sus restos y la certeza de su final. Ahora sólo te queda entender el por qué.

Ya no puedes evitarlo, las lágrimas brotan de tus ojos sin control, sin pausa, buscas con ello lavar los recuerdos para que no te sigan atormentando, para que no lastimen de nuevo, pero no lo consigues. Sólo reviven las heridas, incluso aquellas que creíste haber cerrado para siempre. Te abandonas al dolor y a la desesperación igual a como lo hiciste aquella tarde, con la diferencia de que ahora no estás sola, en cualquier momento tus nietos pueden despertar. No quieres que te vean así, sientes que debes verte fuerte aunque te estés muriendo por dentro, te acostumbraste a ser así.

Qué vamos a hacer con todos estos muertos

Son las nueve y cuarenta, salimos del periódico para hacer el recorrido. Primero pasamos por la morgue por si hay algún muerto del que no nos hemos enterado, aunque es muy poco probable, pero es mejor asegurarse. Lo malo es que a veces nos encontramos con los familiares del algún muerto del día anterior y no falta el que nos hace el reclamo por la foto o la nota que salió, son gajes del oficio.

Luego nos vamos para la URI que queda a pocas cuadras. Nos gusta pasarnos la mayor parte del tiempo acá, si estamos de buenas logramos tomar a los capturados cuando los traen, o conseguimos un buen caso de las denuncias que hacen. Hay que estar atentos a la gente que llega, a muchos les gusta conversar, o uno simplemente les pregunta a qué vienen y pueden salir cosas interesantes, pero, sobre todo, nos enteramos más fácil si hay un muerto, un herido a bala o un robo importante.

Con Jose nos sentamos en la tienda que queda en frente, hablamos de cualquier cosa, ya sea con los otros que cubren judiciales o con alguno de los funcionarios que de vez en cuando sale y se queda conversando con nosotros. A veces sólo

escribo o pienso en lo que quiero escribir, por ahora es Ofelia la que invade mis pensamientos.

Hoy el día ha estado tranquilo. Estamos por salir a dar una vuelta por las clínicas a ver si pescamos un accidente cuando nos avisan de un 901 en Minca. Llamo a Correa para que nos autoricen la camioneta. Cuando pasa algo fuera de la ciudad no es seguro ir en moto. De inmediato nos dirigimos al periódico, sabemos que tenemos algo de tiempo mientras los de criminalista alistan equipos y salen. Hoy está de turno el CTI. Subimos a la camioneta, mientras llegamos, tratamos de averiguamos más detalles. Un hombre fue encontrado muerto por su familia en la pequeña finca que tenían, y está en avanzado estado de descomposición, aún no se sabe que pasó.

La vía a Minca no es que sea la mejor pero se deja transitar, después de pasar el pueblo son cerca de veinte minutos más hasta la vereda El Campano. Parqueamos los carros a un lado de la carretera, el resto del trayecto toca hacerlo a pie, la vía es muy angosta y está en muy mal estado debido a las lluvias por lo que no hay forma de pasar. Bromeamos con los de criminalística que ya han llegado, diciéndoles que deberían tener burros para estos casos. Subimos con ellos, está haciendo mucho sol, es casi medio día y el trayecto es largo. Llevamos casi cuarenta minutos de camino y sólo hasta ahora alcanzamos a divisar la finca, ya se empieza a sentir el hedor que va y viene al capricho de la brisa.

No hay nada peor que el olor del cuerpo humano en descomposición, se mete en los pulmones, en la ropa, en cada poro, tanto que puedo sentirlo horas después. La familia está allí, se alegran de ver a los del CTI, al parecer llevan un buen rato esperándolos. Una vez notan quienes somos, no se alegran tanto por nosotros.

Dos de los investigadores se ponen los trajes de bioseguridad y se alistan para entrar a la pequeña casa de madera, mientras otro de ellos habla con la familia, yo también me acerco para tomar los datos. Jose da vueltas alrededor buscando un buen ángulo, las rendijas entre las tablas dejan pasar la luz pero son muy pequeñas para que pase el lente.

La imagen es fuerte, desde la puerta entre abierta se alcanza a ver parte del cuerpo hinchado y amoratado tirado junto a la cama, con una mano estirada como tratando de alcanzar algo en la mesita de noche. Se trata de Justiniano Pérez de 72 años, vivía con su esposa Evangelina en Minca. Todas las semanas subía a la finca para echarle un ojo. Se fue el lunes temprano, esta vez su mujer no subió con él porque estaba enferma y se había quedado con una de sus hijas en Santa Marta. El jueves hablaron con él por última vez. Al ver que el sábado no bajó como era su costumbre y tampoco contestaba el celular, comenzaron a llamar a los vecinos y amigos pero ninguno lo había visto, ni siquiera el domingo en misa, nunca faltaba. Un vecino subió hasta la casa, llamó varias veces pero no contestó, cuando se asomó lo vio tirado y les avisó. En la mesita de noche estaba el inhalador que siempre usaba a causa del asma que tenía.

Justiniano Pérez 72 años, casado con Evangelina Torres, cuatro hijos mayores de edad, natural de Cisneros Antioquia, residente en Minca. Subió el lunes 23 a las siete de la mañana a la finca Vista Hermosa, vereda El Campano. No regresó el sábado como es costumbre, el jueves hablaron con él por última vez. Al no tener noticias un vecino subió a la finca y lo encontró muerto, avisó a la familia. Justiniano tenía asma y una hernia de 50 años, mantenía un inhalador, el mismo que encontraron en la mesita de noche. Al parecer muerte natural. No se ven signos de lucha.

Anoto en la libreta mientras Jose les pide permiso para tomar la foto, al principio se rehúsan pero uno de los hijos más resignado que convencido, dice que mejor nos dan permiso, que igual la terminaremos sacando. También nos han facilitado la foto en vida, confían que sólo salga esa aunque en el fondo saben que quizá su padre termine en primera página en el periódico de mañana. Acá no importa cuán serio pueda ser un periódico, los muertos son los que venden, y entre más sangre mejor, mucho más si se trata del medio en el que trabajo.

Ya terminamos nuestro trabajo pero aún así nos quedamos, siempre es mejor subir y bajar en grupo. Jose aprovecha y sale con el hijo de Justiniano a recorrer la finca, es una pena porque seguramente la venderán, a parte de los viejos casi nadie subía. Se tardan un buen rato, mientras tanto me quedo con dos de sus hijas a la sombra de un árbol donde pega menos el olor. Cuando regresan, Jose carga un racimo de plátano y una bolsa llena de naranjas, mangos y otras frutas,

el hijo trae otro tanto, dice que mejor nos los regala antes que se vayan a perder. Van a ser las tres de la tarde, el hambre acosa así que comemos lo que hay.

La bajada no es tan rápida como se pensaba, entre los hombres se turnan para bajar el cuerpo, otro tanto hacemos Jose y yo con el racimo de plátano, hay que tener mucho cuidado de no caerse. Son casi las cuatro cuando llegamos a donde están los carros, fuera de esto todo ha estado tranquilo, así que volvemos a la ciudad, es casi otra hora de camino. Los de criminalística se dirigen a un lugar apartado para hacer la necropsia, en el estado en que está no lo pueden llevar a la morgue, más tarde lo entregarán a la familia. Tal vez mañana nos digan si fue muerte natural o no.

No dejes que me olviden

Te obligas a levantarte del sofá y dejar a un lado la tristeza, necesitas con desesperación ocuparte en algo, cualquier cosa con tal de no pensar. Miras el reloj que ya casi marca las seis de la mañana, de nuevo te diriges a la cocina, te enjuagas el rostro y tras meditarlo un poco pones a cocinar guineo verde para el desayuno. Sabes que no es el plato preferido de tus nietos, pero no estás para berrinches. Bastante tienes con la cita de hoy. Marta en cambio nunca te dio problemas, no había nada que le sirvieras que no se lo comiera. Lo que más le gustaba era el limón, se lo echaba a la sopa, a los frijoles, a las lentejas, a el hígado. Más de una vez la sorprendiste comiéndolo solo o con sal. Cuando la veías en esas siempre se te destemplaban los dientes. Nunca entendiste por qué le gustaba tanto.

Los guineos aún se demoran y no quieres quedarte sin hacer nada, temes que los recuerdos te sigan atormentando. Tomas la escoba y comienzas a barrer. Te gusta mantener todo en orden pero con tus nietos se ha convertido en una misión imposible. Te molesta que dejen las cosas tiradas en cualquier parte, cuando no es la ropa son los libros, los platos o los zapatos, y eso siempre es motivo de

pelea. A veces desearías volver a estar sola, después de ocho años todavía no te acostumbras a tener compañía.

Te sentías tan cómoda en la soledad de tu casa que cuando Marta te preguntó si podían irse a vivir contigo, intentaste buscar mil excusas para negarte, pero al final terminaste cediendo. Ella había conseguido trabajo en un almacén de productos agrícolas de *Machete Pelao* y no quería dejar solos a los niños. Prometió venir los fines de semana. Aunque no era lejos, viajar todos los días salía demasiado costoso y tampoco valía la pena cambiarlos de colegio a mitad de año sólo para que se fueran a vivir con ella. Al final no fuiste capaz de negarte aunque sabías que ya no tenías ni la edad ni el ánimo para volver a criar muchachitos. Una cosa era tenerlos de visita uno que otro fin de semana, y otra tener que lidiar con ellos a diario. Y no es que no los quisieras, pero con sesenta y un años lo que menos querías era estar de niñera.

En ese entonces Vanesa estaba por cumplir nueve años y Fredy tenía seis. No fue fácil que se acostumbraran a tus reglas, Vanesa quería pasarse todo el día en la calle y cuando estaba en casa no hacía sino bailar o ver televisión, tenías que pelear con ella para que hiciera tareas. Por el contrario Fredy era calmado y juicioso con los deberes, pero se la pasaba todo el día llorando por su mamá. Al poco tiempo descubriste que casi no comía, empezaste a encontrar restos de comida vieja y mohosa debajo de su cama, en la maleta, incluso entre las

materas. Te tocaba pararte a su lado como un policía, sólo para asegurarte de que comiera.

Hoy cuando el pasado te persigue sin descanso, puedes detenerte un momento para mirar atrás y ver cómo han cambiado tus nietos con el paso de los años. No estás segura si ha sido para bien o para mal, si lo que has hecho es lo correcto, tal vez habrían estado mejor si Marta hubiese estado a su lado, pero no fue así. Nada que hacer. De nada vale el arrepentimiento.

Aún es temprano pero decides comenzar a arreglarte, no quieres estar corriendo después. El agua fría que baja por tu cuerpo te brinda un poco de sosiego. Sentir el contacto de las gotas con tu piel calma el ritmo acelerado de tu corazón, relaja los músculos y renueva la energía. Parece llevarse consigo las horas de sueño perdidas y los recuerdos. Durante los diez minutos que dura el baño tu mente permanece en blanco. Te sumerges en el ritual de la limpieza como si con ello pudieras exorcizar también el dolor. Quieres quedarte allí en la tranquilidad del silencio, ese que ni siquiera el pasado es capaz de traspasar, donde eres todo y nada a la vez, pero lo bueno no dura para siempre. El agua ha dejado de fluir, el tanque se ha vaciado y no te queda más remedio que seguir adelante. Secas el rostro, también el cuerpo. Sales al patio envuelta en la toalla y enciendes la motobomba para llenar de nuevo el tanque, no quieres que tus nietos encuentren una excusa para llegar tarde o no arreglarse a tiempo.

Te diriges al cuarto en donde te aguarda el vestido beige que tú misma confeccionaste para la ocasión. Habrías preferido que fuera rojo, el color favorito de Marta, pero los demás no lo entenderían. Te inclinaste por un corte sencillo, blusa manga corta de cuello y una falda hasta más abajo de la rodilla con un discreto bordado de flores. Una vez te pones el vestido, te miras al espejo y aunque hace mucho no lo haces, comienzas a maquillarte. Quieres verte bien, que no se te note el desgaste que te han dejado todos estos años de búsqueda, ni las ojeras por la falta de sueño. Lo que menos quieres es despertar lástima. Ensayas una y otra vez esa pose de dignidad que esperas mantener durante la ceremonia, te repites a ti misma que no vas a llorar por más ganas que tengas de desmoronarte, aunque no estás segura de si podrás.

Qué vamos a hacer con todos estos muertos

Quiero llegar a la casa y darme un baño, quitarme el olor a muerto, pero apenas hay tiempo para dejar las cosas que nos regalaron antes de llegar al periódico. El jefe llamó y quiere ver las fotos, hasta ahora es lo único que tenemos para abrir. Una vez las descargamos y le resumo los datos para que pueda titular, vamos a almorzar. Hoy el periódico paga, esa es una de las ventajas de tener que ir a buscar muertos en los corregimientos, aunque prefiero la comida casera.

Van a ser las seis, y por lo del muerto no he hablado con el Coronel. Aunque puedo llamarlo prefiero ir hasta el Comando a ver si consigo alguna otra noticia, sólo tengo tres y los corresponsales todavía no han mandado información. De Barranquilla no salió nada nuevo y mis compañeros tienen dos audiencias y un samario asesinado en Maicao del que sólo hay foto en vida, pero no es suficiente para llenar las cuatro páginas.

El Coronel me recibe sin problema, ya está acostumbrado a que lo llame o lo visite para hablar de los muertos del día anterior. No es mucho lo que dice del caso del Once de Noviembre. La hipótesis que se maneja hasta el momento es un ajuste de cuentas. Kelvin Rolón tenía antecedentes por porte ilegal de armas y hurto

calificado agravado, aunque también se está investigando una discusión que tuvo la semana anterior con unos desconocidos en un billar. Con eso basta para el seguimiento.

Paso por las oficinas de la Sijin a ver si consigo algo más, la mayoría ya me conoce, voy casi todos los días a saludarlos y ver qué tienen, nadie más lo hace. Hoy estoy de suerte, los de Contra Atracos desmontaron un sistema de clonación de tarjetas en un cajero electrónico en el Rodadero. Me dejan tomar las fotos y me ayudan con los datos. Me quedo un rato más hablando con ellos, no tengo ganas de llegar al periódico todavía.

Correa me llama como a las siete para preguntar por el seguimiento y si hay alguna noticia más. Vuelvo al periódico, ya los corresponsales han mandado material, un accidente y un caso de fleteo en Fundación, dos capturados en Sitio Nuevo, un herido con arma blanca en El Banco y dos muertos en Ciénaga. Con eso ya podemos llenar las páginas. A mí me corresponde reescribir las notas del herido y los muertos. Los corresponsales, por lo general mandan los datos básicos como nombres, lugar, un resumen de lo sucedido y datos generales, o su redacción es tan básica, que toca arreglar los textos. Si tenemos alguna duda o toca ampliar la información, los llamamos.

Aunque vengo del Comando, Correa me pide que llame de nuevo al 112 por si ha pasado algo, sé que no es así pero le hago caso, lo mismo de siempre, sin

novedad. Mejor comienzo a redactar a ver si hoy salgo temprano. Los muertos primero.

En Ciénaga

Asesinan a dos ‘cobradiarios’

Las víctimas se habrían resistido a un atraco

Mientras escampaban de un fuerte aguacero, dos hombres fueron asesinados por desconocidos, en hechos ocurridos en la tarde de ayer en el barrio Las Margaritas del municipio de Ciénaga, a la altura de la calle 7B con carrera 24. Las víctimas fueron identificadas como Arnoldo Barrios Padilla de 30 años y Belisario Gómez Quintero de 27.

De acuerdo con las primeras informaciones, los hombres que trabajaban como cobradiarios, habían decidido escampar bajo un trecho de zinc debido al fuerte aguacero que a esa hora se registraba en el municipio. Cuando se disponían a salir de nuevo en la moto, fueron abordados por dos sujetos que luego de discutir con ellos les dispararon en repetidas oportunidades. Las víctimas alcanzaron a correr unos metros pero finalmente fueron alcanzadas por las balas. Los delincuentes huyeron del lugar en una moto de alto cilindraje con rumbo desconocido.

Vecinos del sector al escuchar los disparos y ver los cuerpos tirados sobre el andén dieron aviso a las autoridades. Al lugar llegaron funcionarios del CTI que fueron los encargados de realizar el levantamiento de los cadáveres que luego fueron llevados a la morgue. Una vez realizada la necropsia de rigor, serán entregados a sus familiares.

Las primeras hipótesis apuntan a un robo ya que en el lugar no se encontraron ni el dinero ni los cartones con los que cobraban. Por su parte los familiares manifestaron desconocer amenazas en su contra.

Arnoldo Barrios era natural y residente en Ciénaga en el barrio Divino Niño, hijo de Flavio Barrios y Ester Padilla, vivía en unión libre con Yuranis Polo y deja tres hijos menores de edad. Belisario Gómez, oriundo de Santa Marta, residía en el barrio La Milagrosa, era hijo de Belisario Gómez y Lucila Quintero, soltero y sin hijos.

No dejes que me olviden

Miras de nuevo el reloj que ya marca las seis y cuarenta, a los guineos les falta poco pero tus nietos aún no se levantan. Es viernes, normalmente a esta hora ya están listos y camino al colegio, pero como están de vacaciones se les han pegado las sábanas. Caminas hacia su cuarto, enciendes la luz y les dices que ya es hora de levantarse. El bus los recoge a las ocho y no van a alcanzar a arreglarse. Pero ellos reclaman que aún es temprano, que los dejes dormir un poco más. Les apagas el ventilador y vuelves a insistir, en especial a Vanesa que siempre se tarda más en arreglarse. A regañadientes salen de las camas pero ninguno quiere ser el primero en bañarse, tu nieta ha vuelto a desbaratar la maleta porque ya no le gusta la ropa que iba a llevar, revuelca el closet y el cuarto buscando quién sabe qué, mientras Fredy luego de pelear y renegar diciendo que no va a ir a ninguna parte, que prefiere quedarse en la casa, se resigna y termina siendo el primero en bañarse.

Te alivia saber que tus nietos no estarán contigo en la ceremonia, dentro de poco un bus los recogerá para llevarlos a una finca en donde pasarán el fin de semana. Ellos al igual que otros niños y jóvenes hijos de las víctimas de desaparición

forzada, estarán con algunos funcionarios de Justicia y Paz quienes les darán un acompañamiento psicológico para ayudarlos a sobrellevar las cosas.

Si para ti no ha sido fácil afrontar la situación, para ellos ha sido peor. Durante todos estos años quizá lo más complicado ha sido explicarles lo sucedido, tratar de darles respuestas a las mismas preguntas que te haces a diario y que muchas veces ni siquiera tú misma conoces. Cómo explicarles por qué su mamá no aparece, por qué no llama, dónde está, qué le ha pasado, cuando vuelve. Cómo explicarles a esos niños la realidad de un país en donde sales a la calle pero no sabes si vas a regresar.

Recuerdas ese primero de septiembre como si fuera ayer. Vanesa armó un berrinche porque no quería hacer la primera comunión si su mamá no estaba, y casi no logras convencerla. Una semana antes habías hablado con Marta, te había dicho que llegaría entre el 29 y 30 de agosto para tener tiempo de ayudarte con los preparativos, incluso te contó sobre la cadena con el dije de angelito que le había comprado para que la luciera ese día.

No sabías qué decirle para justificar su ausencia, le hablaste de problemas en las vías, hasta le echaste la culpa a sus jefes por no dejarla venir. No concebías que tu hija se perdiera un momento tan importante y comenzaste a preocuparte, pero no tenías más remedio que seguir adelante, intentaste comunicarte con ella pero fue imposible, nadie te daba razón de su paradero.

Convenciste a Vanesa de que era mejor hacer la primera comunión con sus compañeros de clase y no sola o con cualquier extraño. Sembraste la esperanza que de pronto alcanzaría a llegar a última hora y en caso de no ser así, prometiste tomar muchas fotos para que Marta las viera, incluso accediste a posponer la fiesta hasta que ella llegara, pero a la larga nunca se hizo.

Aunque no lo demostrabas estabas molesta con Marta, en el fondo creías que Antonio, su nuevo novio, era el culpable de su ausencia. Nunca te cayó bien, es más te la pasabas peleando con ella por su culpa. Cuando Marta estaba en la ciudad no hacía si no llamarla y ponerle problema por todo, la celaba por cualquier cosa. Te molestabas cuando se iba antes de tiempo o aplazaba las visitas porque él inventaba cualquier excusa para mantenerla a su lado, incluso sospechabas que le pegaba. Ella siempre lo negó.

Los gritos de Vanesa interrumpen tus pensamientos, hoy parece ser la misma niña berrinchosa que no quería hacer la primera comunión. Primero fue la ropa, ahora es el desayuno el que le molesta; un poco antes, un comentario de su hermano, más tarde será el maquillaje o cualquier tontería. Está tan ansiosa como tú, la conoces bien, esta es su manera de demostrarlo.

Luego de un concierto de quejas y regaños por fin están listos, justo a tiempo, el bus acaba de llegar. Contrario a cualquier otro paseo, notas que los muchachos,

incluyendo tus nietos no están escandalosos, se les ve pensativos, cabizbajos, todo menos felices. Una joven que al parecer es recreacionista intenta animarlos, esperas que lo logre. Piensas que nadie debería pasar por esto, en especial los niños.

Qué vamos a hacer con todos estos muertos

En el puerto

Incautan cinco kilos de coca

En operativos de control realizados en el terminal marítimo de la Sociedad Portuaria, la Policía Antinarcóticos incautó cinco kilos de cocaína, repartidos en diez paquetes cuadrados, que tendrían como destino Europa. El hallazgo se produjo al interior del sistema de refrigeración del contenedor TKLB 102549-4, el cual iba a ser llenado con frutas de exportación.

Las autoridades investigan a quién pertenece el cargamento y cómo fue introducido en el contenedor. De igual forma, La Dirección de Antinarcóticos de la Policía invita a la ciudadanía para que denuncie los casos relacionados con el tráfico de estupefacientes, cultivos ilícitos, tráfico de sustancias químicas y personas que se dediquen a actividades ilícitas a la línea telefónica 4307777 o al correo electrónico intelsanta@yahoo.es

Espero que ésta sea la última noticia del día. Son las ocho y media, y aunque quisiera, todavía no me puedo ir, toca esperar al menos hasta las nueve por si pasa algo. Le tengo desconfianza a las noches demasiado tranquilas, de un momento a otro se pueden complicar. Ya me ha pasado antes, justo cuando estoy por irme, matan a alguien, hay un accidente grave o un herido a bala y me toca quedarme hasta la media noche. Espero que hoy no sea uno de esos días. Por si acaso llamo cada tanto al 112 para estar segura, pero como de costumbre, responden sin novedad.

Aprovecho para revisar correos y chatear un rato, pero no hay nadie interesante conectado. Lucas no está, últimamente vivimos en el desencuentro, cuando me habla estoy ocupada, y si estoy libre el no aparece. Extraño nuestras conversaciones, sus palabras siempre me bajan el estrés y me ayudan a ver las cosas de otra manera. A veces quisiera tenerlo de nuevo a mi lado, pero está tan lejos. Por qué volvió a aparecer cuando ya me había radicado en Santa Marta y no antes, tal vez las cosas fueran distintas. Nos conocimos en el colegio, era mi mejor amigo, luego nos hicimos novios hasta que la universidad nos separó, escogimos ciudades y caminos distintos. Hace unos meses lo volví a encontrar, estaba pasando unos días en Bogotá. Verlo fue como si el tiempo no hubiera pasado, los sentimientos seguían intactos.

Me animo a llamarlo, su voz todavía me eriza la piel, aunque sé que de lo nuestro sólo queda una bonita amistad, la distancia y el tiempo han hecho su parte. Le hablo de Ofelia y cómo su historia se ha convertido en mi nueva obsesión, al principio se ríe, me dice que si sigo así me voy a enloquecer, pero al final quiere saber un poco más. No es la primera vez que se vuelve cómplice de mis historias, de mis fantasmas como él los llama, sabe que la única forma que tengo de exorcizarlos es escribiendo, hablando de ellos. Quizá por eso tengo algunos archivos en el computador y un cuaderno lleno de escritos, cuentos, poemas, y cuanta cosa se me ocurre con tal de sacarlos de mi mente.

Recuerdo que la primera vez que hablé con Ofelia fue por teléfono. Le dije que Amanda me había dado sus datos, que quería hablar con ella sobre el caso de su hija para una crónica que íbamos a publicar en el periódico. Tenía miedo de que no quisiera recibirme, pero accedió sin problema, sólo me pidió que fuera a su casa entre las nueve y las once de la mañana cuando sus nietos no estuvieran, no le gustaba hablar del tema frente a ellos. No pude ir sino una semana después, ella pensó que ya me había olvidado del asunto, por eso se alegró al saber que por fin iría, quería que contara su historia.

Me recibió en la sala de su casa, se disculpó un momento y cuando regresó tenía una carpeta que me ofreció para que la mirara. Allí estaba todo lo que consiguió a lo largo de los años sobre el caso, denuncias, recortes de periódico, papeles y más papeles. Hasta ahora sólo tenía una versión resumida de lo que había

pasado, una mujer a la que habían bajado de un bus cuando regresaba a Santa Marta y que fue hallada tiempo después en una fosa común.

A Ofelia le temblaba la voz cuando empezó a hablar, trataba de no mirarme a los ojos, yo puse la grabadora sobre la mesa de centro mientras anotaba, ahora que tengo tiempo aprovecho para escuchar de nuevo la grabación, hay algo en el tono de su voz que me conmueve, que me toca el alma.

Mi hija Marta trabajaba desde hace tres años en un almacén de productos para el campo de propiedad de Pacho Beltrán, en Machete Pelao, pero yo la convencí de que se regresara a Santa Marta porque la situación estaba muy fea por allá. La niña mayor iba a hacer la primera comunión. Ella me llamó el 27 de agosto, eso fue en el 2003, y me dijo que venía del 29 al 30 para tener tiempo de organizar la fiesta, hasta me dijo que le había comprado una cadenita con el dije de un ángel para que se lo pusiera, pero nunca llegó.

No se imagina lo que es no saber qué pasó, lo que me ha tocado todos estos años, me la pasaba enferma, casi me muero, pero no tenía de otra que salir adelante. Mis nietos dependen de mí, ahora sigo con la tensión alta y he subido un poco de peso, el cuerpo se resiente. Uno espera que con el tiempo el dolor disminuya pero no es así, permanece vivo. Hay gente que le dice a uno que entierre las cosas, que deje así, pero no se puede, cómo se olvida a un hijo, cómo se puede vivir sin saber dónde está o qué le pasó.

Marta no era perfecta pero al menos era buena hija, siempre estaba pendiente de mí y de sus hijos, ellos vivían conmigo desde que a ella le salió ese trabajo y venía cada vez que podía, pero era difícil, por eso quería que volviera. Ella tenía un novio que me daba mala espina, la celaba hasta con los hijos, es como si la quisiera sólo para él, por eso al principio pensé que se habían fugado y me había dejado embarcada con los niños, tenía mucha rabia. Pero vea, no fue así.

Sabe, yo perdí a mi esposo y a mi hijo menor hace 16 años y ahora a ella, sólo me queda una hija que vive en Venezuela pero hace rato no la veo, al menos me ayuda con algo de platica que me manda. Mis nietos son lo único que me queda, pero estoy tan cansada que no sé cuánto tiempo más les dure.

El jefe me interrumpe, quiere saber si no ha pasado nada más en la ciudad, ya son más de las nueve y quiere saber si ya podemos cerrar las páginas, llamo por última vez a la Policía, por fortuna no hay nada, y me puedo ir. La imagen de Ofelia me acompaña de camino a casa.

No dejes que me olviden

Te duele recordar la última vez que viste a Marta, terminaron de pelea, hasta se fue sin despedirse. Fue un mes antes de la primera comunión, estabas cansada de los berrinches de tus nietos, cada vez te era más difícil controlarlos, y le reclamaste porque no te ayudaba, porque ya casi no la veías y sus llamadas eran más bien escasas. Cuando estaba en Santa Marta se la pasaba más hablando o peleando por celular con Antonio, que pendiente de sus hijos. Una salida, una reunión, hasta la celebración de un cumpleaños terminaba empañada por sus peleas.

Ya no soportabas esa situación así que le diste un ultimátum, o se regresaba a la ciudad y buscaba un nuevo trabajo, o se llevaba a sus hijos con ella. Marta se enojó mucho contigo. Casi no hablaron después de eso, pero aprovechabas cualquier oportunidad de insistirle que lo mejor para todos era que regresara a Santa Marta.

No sólo te preocupaba su novio, sino también su seguridad. Las cosas en la zona eran complicadas, aunque los Rojas y Giraldo habían pactado una tregua en el 2001, las muertes y las desapariciones eran el pan de cada día. Por eso tampoco

querías que se llevara a los niños a *Machete Pelao*, menos con los rumores que había del “Patrón”. Se decía que le gustaba andar con muchachitas, incluso muchas de ellas se las ofrecían los mismos padres a cambio de favores o por el simple honor de emparentar con él. No dejabas de repetírselo, hasta que al final lograste convencerla. Marta te juró que regresaría a casa, más aún después de haber terminado su relación con Antonio. Pero al ver que no aparecía, temiste que hubiese cambiado de opinión, que él la hubiera convencido de quedarse, incluso de abandonarlos.

La duda vino después. Habían pasado dos semanas desde la primera comunión y aún no tenías noticias de Marta. Asunción, una vieja amiga tuya vino a visitarte. Ella trabajaba como profesora en *La Revuelta* y conocía la zona bastante bien. Le preguntaste si había visto a tu hija o hablado con ella, pues a veces se encontraban y hablaban con frecuencia. La respuesta fue la misma, que no sabía nada. Sin embargo, después de darle varios rodeos te contó que había escuchado rumores sobre una muchacha que habían bajado de un bus y venía con un trasteo. Sólo sabía que los habían parado por los lados de *Buritaca*. Una vez revisaron papeles se la llevaron y antes la hicieron despedirse de la gente que venía en el bus.

Marta no viajaba con nadie, no tenía de quien despedirse, pero aún así tuviste miedo, fue por los mismos días en que ella debía regresar y el hecho que de que viniera con trasteo era mucha coincidencia. Intentaste averiguar qué había pasado

con esas cosas, pero tampoco obtuviste respuesta, verlas te habría ayudado a saber si se trataba de tu hija o de alguien más.

Al final te convenciste de que lo mejor era reportar su desaparición, fuiste a las autoridades pero no sirvió de mucho. Después de esperar por más de una hora por fin te atendió un funcionario, no habías terminado de contar tu historia cuando dijo que seguro se había ido con algún “mozo” y te había dejado encartada con tus nietos, que eso pasaba seguido. Te dio rabia, aunque tú pensaste lo mismo al principio, él no tenía derecho a decirlo así, ni de burlarse de tu situación. Le contaste lo que te dijo Aurora del bus, le pediste que averiguaran si se trataba de su hija, que hicieran lo posible por dar con su paradero, estabas tan desesperada, más con los niños preguntándote por ella a cada rato.

En ese momento el rostro del funcionario que había estado displicente durante la entrevista, cambió, se puso serio y apesadumbrado, te dijo que investigar eso sería difícil, que la situación en el corregimiento de *Guachaca* estaba tan complicada que ni ellos mismos podían ir hasta allá. Que lo mejor era dejar las cosas así y que lo más seguro es que se había escapado con el novio, y de no ser así, hacer preguntas podría ser peligroso para ti y tus nietos. Al final ni siquiera pudiste poner la denuncia. Estabas decepcionada, nadie podía o quería ayudarte, emprendiste una lucha sola y silenciosa, no tenías más opción.

Hoy luego de tantos años y esfuerzos puedes ponerle fin a esta historia, al menos eso esperas, sólo faltan cuarenta minutos para que empiece la ceremonia y un poco más para que vuelvas a tener a Marta contigo. Al menos tienes el consuelo de recibir sus restos, poder darle un entierro digno, pues sabes que aún hay muchos que siguen en la búsqueda de sus seres queridos y algunos quizá nunca tendrán esa posibilidad.

No quieres llegar tarde, aunque tienes tiempo y la Quinta no está lejos, decides salir de una vez, alejarte aunque sea por unas horas de esa casa que hoy más que nunca revive los recuerdos. Caminas hasta la Avenida del Río, en el trayecto y mientras esperas a que pase la buseta, varios mototaxistas te ofrecen sus servicios, sabes que con ellos llegarías más rápido pero le tienes miedo a las motos desde que Alcides y Efraín perdieron la vida en una de ellas, sólo las usas cuando no hay rutas que te lleven a tu destino y no te alcanza para el taxi.

Qué vamos a hacer con todos estos muertos

Una llamada me despierta, encontraron un muerto en la vía al basurero. Esta vez no es un sueño. Miro el reloj y apenas son las seis y media. Llamo a Jose que también le han avisado y ya viene en camino, me pongo lo primero que encuentro y lo espero en la avenida. Las vías están solas, él va a toda velocidad y llegamos en menos de quince minutos. Las patrullas de la policía y unos cuantos curiosos están en el lugar, es una zona despoblada diagonal a Altos de Bahía Concha, cerca a la entrada al basurero.

Los de criminalística de la Sijin no tardan en llegar, el muerto no tiene papeles, es el segundo N.N. que nos toca en menos de 24 horas. Un conductor de bus que había parado para orinar fue el que lo encontró y dio aviso a las autoridades. Se trata de un hombre de entre 23 y 26 años, de tez morena, cabello corto, viste un suéter azul de rayas, una sudadera negra y un par de sandalias. Presenta al menos dos heridas de bala en la cabeza.

El cuerpo está boca abajo así que tenemos que esperar a que lo volteen para meterlo en la bolsa y poder tomarle foto a la cara, si no lo logran identificar en el transcurso del día, esa puede servir para que alguien lo reconozca mañana.

Según los vecinos del sector, no lo habían visto antes y tampoco han escuchado disparos, por lo que se investiga si se usó silenciador o por el contrario lo mataron en otro lugar y lo tiraron allí. No estaba tan lejos de la vía y sólo lo ocultaba la maleza que está bastante alta.

Van a ser las ocho cuando nos desocupamos. Jose me deja en la casa y se va para la suya, ninguno se ha bañado y toca alistarse para ir al periódico. Nos vemos de nuevo a eso de las nueve y media. El jefe se molesta por la hora pero se calma al saber del muerto, al parecer ninguno se había enterado y terminan regañando a los otros dos de judiciales. Salimos de inmediato a la morgue a ver si se sabe algo más del N.N y si ya identificaron a la mujer de anoche. A esa mataron cuando iba de parrillera en una moto en la Avenida del Libertador con 26, cerca de la funeraria.

Lo que se supo entonces fue que cuando iban a cruzar el semáforo se escuchó un disparo que le entró por el costado derecho a la altura del seno. El mototaxista huyó al verla tirada en el piso, mientras que las personas que estaban en el lugar, la llevaron a la clínica que está a pocas cuadras pero ya estaba muerta. No llevaba papeles.

Por fortuna ya aparecieron los familiares. La víctima era Cinthia Alvarado Medina de 19 años, casada con Rafael Silva de 45, con quien tiene dos hijos. Se enteraron de lo que le había pasado cuando vieron su foto en el periódico esta

mañana. Nos dicen que ella había quedado de encontrarse con su esposo en la 19 con Avenida del Libertador para comer pero nunca llegó. Llamaron a amigos y familiares al ver que no aparecía, pero nadie les daba razón de su paradero.

Al menos a ella la pudieron identificar, hay casos de N.N. que nunca se resuelven, o a veces pasan meses antes de que aparezca la familia. Ojalá el muerto de esta mañana se resuelva fácil. Cuando son casos así, nos piden que los pongamos en primera página a ver si aparece la familia, si no, los meten en la base de datos del Sirdec, en donde están los desaparecidos y cadáveres encontrados en todo el país a fin de identificarlos. Medicina Legal nos pide cada tanto publicar a los que no han reclamado por si acaso.

Aunque no dejo de pensar en Ofelia no he podido sentarme a escribir la crónica como quisiera, más bien como esperan que la haga. Tengo mucho material, algunas reflexiones y reconstrucciones que seguro no saldrán, le mandé algunos avances a Correa para ver qué tal le parecían, pero me dijo que lo cambiara todo, que estaba demasiado literario para su gusto y que nada tenían que ver con la línea editorial. Tendré que pensar en algo más corto y efectivo si quiero que salga, igual no pienso desechar lo que ya llevo, ojalá puedo publicarlo algún día.

Aprovecho que Jose tiene que ir a tomar unas fotos a la Alcaldía para seguir escuchando la grabación de la entrevista. No quiero irme al periódico, prefiero quedarme en la URI por si pasa algo o si identifican al muerto.

Uno se imagina tantas cosas, a veces prefería creer que se había fugado con Antonio y no que le hubiese pasado algo malo. Cuando pasas por situaciones como ésta, terminas aislándote, y dejas de hacer tantas cosas. Cuando la gente sabe que a un familiar de uno lo desaparecieron, se previene y empiezan a hablar a tus espaldas, dicen que si lo desaparecieron por algo sería, que quién sabe en que andaba metido, pero mi hija era una buena persona, una ama de casa, una mujer que no se metía con nadie. Es la hora que no sabemos por qué la mataron.

Las autoridades no son muy distintas, uno va a poner la denuncia y a veces son muchos los prejuicios. No siempre saben cómo atender a la gente, el que me recibió la primera vez me dijo que seguro Marta se había fugado con el mozo, que eso pasaba siempre. Yo no pude poner la denuncia formal de la desaparición sino hasta el 13 de junio del 2006, mire, acá la tengo. Aunque en esa época ya se hablaba del proceso de desmovilización, el Fiscal que me la recibió me dio que me quedara quieta con eso, que me podían perseguir a mí o a mis nietos. Ya una vez lo hice, claro que en ese entonces las cosas estaban peor. Yo con esa angustia y sin poder ir a buscarla o preguntar por ella por temor a que me hicieran algo. Pero ahora lo único que quiero es saber la verdad.

El seis de julio del 2007 fui a la versión libre de Hernán Giraldo en Barranquilla, ese día dijo que a mi hija la habían bajado del bus y matado en el sector de la Aguacatera. El mundo se me derrumbó, pero aún así seguí adelante, era la única forma de saber lo que pasó. Yo estuve en varias versiones y le pregunté por medio de los funcionarios por qué la habían matado pero dijo que no sabía, que el que había dado la orden había sido alias "Walter", pero a ese lo mataron como un año después que a mi hija, sin embargo, dijo que iba a averiguar. Dijo también que desde el 2000 el que mandaba era Jorge 40 y que ya no tenía el mando directo sobre todos sus hombres. Cuando lo mandaron a Estados Unidos me quedé sin saber. Ahora estoy esperando la versión de R-8, uno del Resistencia Tayrona que al parecer sí sabe que pasó, pero eso es hasta dentro de tres meses, el dos de septiembre, si no modifican la fecha.

La gente de Justicia y Paz me ha ayudado mucho, los funcionarios siempre están pendientes de uno y me han colaborado con los muchachos, les han dado atención psicológica. Desde que los están atendiendo han disminuido las pesadillas y Fredy ya no se orina en la cama. Uno cree que los niños no se dan cuenta de lo que pasa, que olvidan más fácil pero no, a ellos todas estas cosas los afectan, con lo de Marta yo traté de ocultarles las cosas pero lo único que logré fue que se pusieran rebeldes, Vanesa amenazó varias veces con irse de la casa, incluso una noche no llegó y me preocupé mucho, decía que yo ya no los quería, que los tenía abandonados y era cierto, uno se concentra tanto en la búsqueda de los desaparecidos que a veces se olvida de los que están vivos, de los que tienes a tu

lado. Yo he tratado de mejorar eso, ahora las cosas andan un poco mejor. Ya Vanesa termina el bachillerato este año y estamos mirando a ver si entra al Sena, porque no sé si le pueda pagar la universidad.

Fredy está en séptimo, aunque últimamente anda muy rebelde, dice que ya no quiere estudiar. Está así desde que enterramos los restos de su mamá, y eso que no estuvo cuando me los entregaron, a ellos los tenían en una finca con sicólogos y todo eso. A él le dio muy duro, todavía tenía la esperanza de que apareciera algún día. Lo que más me preocupa es que dice que se quiere morir, que quiere estar con su mamá, otras veces dice que quiere vengarse, que alguien tiene que pagar por lo que le hicieron a ella. Ya los sicólogos me están ayudando y trato de no dejarlo solo, pero todo esto es muy duro.

No dejes que me olviden

Estás frente a la entrada de la Quinta, ese par de puertas grandes para los carros y una más pequeña al costado izquierdo para los que como tú van a pié, y que son apenas el primer paso antes de ingresar realmente a sus instalaciones. Un escalofrío recorre tu cuerpo, te quedas petrificada unos instantes antes de tomar la decisión de entrar. Avanzas a paso lento como queriendo demorar el momento. Finalmente llegas a la taquilla en donde varios policías revisan a los que ingresan, hay un gran dispositivo de seguridad. Una vez verifican que todo está en orden, te recibe una joven de no más de veintitrés años, que te da la bienvenida. Te acompaña hasta el puente, a mano izquierda se ve la casa principal en donde están congelados en el tiempo los últimos momentos del Libertador, pero no es a eso a lo que has venido. Tu destino está al otro lado, en la plaza de banderas, justo frente al altar de la patria. Allí te recibe otra persona que se encarga de ubicarte, todos son amables, todos se preocupan porque estés bien. Has llegado temprano, pero no eres la primera en llegar.

Todos son atentos contigo, quizás porque viene mucha gente importante hoy. No siempre fue así, la calidez de la bienvenida no se compara con la frialdad o la displicencia con la que te recibieron muchas veces, cuando estabas en busca de ayuda.

Para ti era tan importante, tan necesario saber qué había pasado con tu hija, que pusiste todo tu empeño en ello. Sobreponerse al miedo era lo más difícil, aunque reinaba la desconfianza ante las autoridades, no tuviste más remedio que acudir a ellas en busca de ayuda. Al principio no sabías bien qué hacer, te mandaban de un lado para otro, hubo funcionarios que no te creyeron, otros que tuvieron miedo y pocos que al final sí te ayudaron.

Preguntar, recoger datos, todo era un riesgo, empezaste a desconfiar hasta de las personas más cercanas. Elegías con cuidado cada palabra, sentías que cada acción, cada averiguación podía ponerte en peligro a ti y a tus nietos. Te valías de las conversaciones nuevas y previas para atar cabos, pero nada era suficiente. Te sentías impotente, la desaparición de Marta te desbordaba.

Tuviste que esperar tres años para poner la denuncia de la desaparición de tu hija por temor a represalias y aún así te dijeron que todavía podía ser peligroso. Tuviste que llenar una cantidad de formularios que te parecieron tan impersonales que se quedaban cortos ante la poca o mucha información que habías recogido a

lo largo de esos años. Luego las visitas semanales a las oficinas de Justicia y Paz en busca de nueva información.

No siempre había privacidad y tenías que contar tu historia delante de extraños, era incómodo, te daba desconfianza. Una tarde una mujer que estaba sentada a tu lado preguntó por el caso de su marido, un funcionario le dijo sin más que el caso de él ya no era de desaparición, que habían encontrado el cadáver. Viste cómo se le derrumbó el mundo en un instante, comenzó a llorar desconsolada, entonces el funcionario le preguntó el nombre de su marido y le dijo, qué pena señora me confundí, ése no es. Sin más regresó a su oficina y la dejó ahí muerta de angustia. Ésa cómo muchas veces pensaste en no volver, pero había algo que te impulsaba siempre a buscar la verdad.

Comenzaste a enfermar, había épocas en las que casi no comías, bajaste tanto de peso que se te notaban las costillas, otras por el contrario, te la pasabas comiendo a toda hora, engordabas en un dos por tres, comenzaste a tener problemas de tensión alta y se te bajaba el azúcar. Tus nietos tenían que rogarte para que fueras al médico, no querían que los dejaras solos. Marta era tu única obsesión. Llegaste incluso a recurrir a brujos y adivinos. Cada vez que te leían las cartas o el cigarrillo te decían que Marta estaba viva, que iba a aparecer, se inventaban cualquier conjuro asegurándote que con eso la traerían de vuelta, creías todo con tal de no perder la esperanza de volverla a ver, pero lo único que hacías era gastar más y más plata. Cada vez que te ilusionaban con su llamada o

con que iba a aparecer terminabas decepcionada, peor que antes. Te cansaste de que se burlaran de ti y se aprovecharan de tu dolor, juraste entonces que sólo confiarías en Dios y en la verdad, era lo único a lo que sentías que te podías aferrar, necesitabas creer en algo, renovar la esperanza.

La vida les cambió por completo, toda su vida giraba en torno a Marta. Vanesa y Fredy inventaban cada cosa para justificar la ausencia de su madre ante sus compañeros y profesores, pocos sabían que había desaparecido, algunos la creían en Venezuela, otros les decían que los habían abandonado. Era un dolor constante, tanto que insistieron en que los cambiaras de colegio, estaban cansados de dar explicaciones, de que los juzgaran o se burlaran de ellos. Con el tiempo descubrieron que no eran los únicos que tenían un familiar desaparecido. A ti te pasó algo similar, algunos amigos se alejaron por temor, creían que tu hija había hecho algo malo y no querían que los relacionaran con ustedes, a otros los alejaste tú, la búsqueda de Marta no te dejaba espacio para otra cosa. La alegría se esfumó, te sentías culpable, cómo estar feliz si eres familiar de un desaparecido.

No todo fue malo entonces. Amanda y otros funcionarios hicieron la diferencia, sentías que a ellos sí les importaba lo que te pasaba, no sólo te brindaron atención psicológica y orientación durante todo el proceso, cada tanto te llamaban para saber de ti y de tus nietos, con ellos sentías que podías desahogarte. Por iniciativa propia comenzaste a ayudar a otras personas que estaban pasando por lo mismo,

se daban ánimo mutuamente, todos tenían la esperanza de volver a ver a sus seres queridos, aunque en el fondo estaba el temor de no encontrarlos jamás o sólo recibir sus restos.

Hoy que te entregan a Marta, te molesta el protagonismo de algunas personas, está el alcalde, el gobernador y varios funcionarios de Bogotá, sientes que nada han hecho para ayudarte, ni siquiera los conoces, mientras que quienes han estado a diario trabajando, buscando, arriesgando su vida para que puedas cerrar esta historia, aparecen al fondo, uniformados, sólo como un elemento más de la decoración.

Qué vamos a hacer con todos estos muertos

Mientras termino de escuchar la grabación veo que entran varias personas a la URI, le pregunto al vigilante y me dice que a las diez y media comienza una video conferencia en la que transmitirán la versión de Adán Rojas, que está preso en Barranquilla, para que los que no pudieron viajar puedan hacerle preguntas. Llamo al periódico para avisar, casi nunca me toca este tipo de notas, para eso está otro compañero, pero como estoy acá, me piden que me quede, con la advertencia de que si sale un muerto me vaya de inmediato.

Antes de entrar, los funcionarios me advierten que si he de tomar fotos, que no se vean los rostros de los asistentes y les pregunte antes para evitar problemas, la gente es muy prevenida con ese tipo de cosas, aún hay mucho temor. Opto por una foto en donde todos salen de espaldas, las únicas caras que se ven son las de Adán Rojas y su abogado que se proyectan en la pantalla.

La sesión comienza con un poco de retraso por problemas técnicos que pronto se solucionan. No debe ser fácil para estas personas estar en este lugar, es una forma cruel e impersonal de enterarse de la suerte de sus seres queridos.

Escuchar cómo los mataron y torturaron, no poder rebatir sus versiones, no poder decir que se equivocaron.

“El Negro” habla de varios homicidios cometidos contra estudiantes y docentes, entre ellos el de Roque Morelli, quien fuera decano de Educación de la Universidad del Magdalena. Dice que la orden la dio alias “Walter”, el mismo que mandó matar a Marta. Cuenta que el día que tenían planeado matarlo lo confundieron con Rafael Espitia, que salió a las cinco y cuarenta y cinco de su casa en la Ciudadela 29 de Julio para trotar. *Nos confundimos y lo matamos por error, pero cinco días después sí matamos a Morelli.*

Salgo para almorzar, a las dos sigo con el recorrido, los funcionarios me dijeron que la versión libre se extendería hasta las seis de la tarde y he hablado con uno de ellos para que me resuma los crímenes que acepta y con eso tengo tiempo de buscar otras notas. En toda la tarde no dejo de pensar en Ofelia, en cómo habrá sido el momento en el que dijeron que habían matado a su hija. No estar segura de si la torturaron o si por el contrario su muerte fue rápida, si la violaron, qué le dijeron, qué le hicieron antes de decidir acabar con su vida, para luego enterrarla en cualquier parte, sin documentos, sin lápida, sin ninguna señal para ubicarla.

Por más que lo intento no logro imaginarme el dolor por el que habrá pasado y por el que pasan cientos de colombianos como los que vi esta mañana en la URI, historias que pasan desapercibidas o que impactan pero al día siguiente se olvidan con el siguiente muerto, con el reinado, con la fiesta de turno, cualquier cosa que nos permita evadir la realidad que nos rodea.

Un par de accidentes y un robo son el balance del recorrido de la tarde. Hay pocas pistas sobre la muerte de Cinthia, mientras que el otro muerto sigue sin identificar, lo más probable es que no lo hagan hasta mañana. Van a ser las seis, decido pasar de nuevo por la URI, aún no ha terminado y necesito completar los datos para escribir la nota en la que seguramente sólo cabrá un resumen de cada caso, de cada muerte, siendo los más importantes los del estudiante y los dos funcionarios de la Universidad del Magdalena. Me llama la atención lo último que pronuncia antes de acabar la versión.

"A nombre de mi familia, a nombre de las ex Autodefensas Unidas de Colombia, pido un perdón general por cualquier daño que hayamos ocasionado tanto a los profesores que en nuestro entendimiento son las personas que tienen que ayudar a todos los alumnos a avanzar en la sociedad a ser otras personas diferentes. También tuvimos que accionar en contra de ellos, en el caso del señor Morelli, en el caso de la estudiante Lesvia Polo Barcenilla; hemos pedido perdón por todos ellos, nuevamente lo ratificamos. Nosotros no andábamos matando por matar. No éramos gatillo loco. De pronto teníamos malas informaciones, las cuales

verificábamos a través de nuestra red de inteligencia, pero si alguien nos hacía caer en un error señor Fiscal, ese también se moría."

No sé si eso sea suficiente para alcanzar el perdón, decir que a alguien lo mataron por error o porque según ellos era guerrillero o colaborador, eso no borra el dolor, no los devuelve a la vida, no sana las heridas, pero al menos es un paso para que sus familias salgan de la incertidumbre. Siempre será mejor saber que quedar con la duda, pero ¿basta con saber que ese ser querido al que buscas está muerto, o es necesario saber exactamente cómo y por qué murió?

A veces desearía que no confiaran tanto en mi trabajo, de no ser por eso quizá no me hubieran puesto en judiciales. Yo me sentía bien en Distrito, recorría los barrios, de vez en cuando me dejaban hacer crónicas, iba a eventos, tenía más tiempo libre.

Todo comenzó con la renuncia de Diana, en ese entonces sólo había dos en judiciales. Al final ella también se cansó de la presión, eran pocos para cubrirlo todo, además siempre le tocaban los muertos y el trabajo pesado mientras la otra se quedaba casi siempre en el periódico.

Cuando renunció yo estaba haciendo una nota en un barrio y me mandaron llamar, el dueño y el jefe de redacción me dijeron que hiciera judiciales, yo me negué de inmediato, no sólo porque era una fuente muy pesada sino también que

era muy fácil terminar afuera por una chiveada. Me insistieron que sólo sería por quince días mientras conseguían un remplazo, que confiaban en mí, que no tenían más opción. Ya pasó casi un año de eso y el reemplazo nunca llegó, aunque echaron a la otra niña y contrataron más gente, aún sigo en judiciales y no les veo intención de devolverme a mi fuente.

No dejes que me olviden

El protocolo y los discursos alargan la espera. Frente a ti, a sólo unos pasos están dispuestos en una larga mesa los cuarenta restos que serán entregados hoy, entre ellos los de Marta. Fuerzas la vista pero aún no ubicas a tu hija, hasta ahora has leído unos cuantos nombres de hombre, pero no el de ella. La ansiedad te carcome por dentro, no ves la hora de recibir esa caja de madera de setenta centímetros de largo por veinte de ancho.

Fueron muchos años de búsqueda, de incertidumbre y de dolor para llegar a esto, al momento en que vuelve de nuevo a tus brazos, a los que no les queda más remedio que abrazar una caja de madera con una cinta morada con letras doradas en la que ponen su nombre. Al menos te queda el consuelo de poder darle cristiana sepultura, intentar hacer el duelo.

Mientras esperas recuerdas lo difícil que fue para ti aceptar que había muerto, te aferraste a la idea de que se tratara de un error, que lo dicho por el “Patrón” en la versión libre fuera una mentira, pero no fue así. Gracias a los datos entregados por él, se realizaron varias exhumaciones en diferentes puntos del Magdalena. Fue así como encontraron a Marta en una fosa de una sola persona ubicada en el

sector de la Aguacatera, a unos trescientos metros de la trocha, pero sus restos estaban incompletos. De su ropa sólo quedaba una blusa morada talla M y una brasilera. Ésta última prenda la reconociste meses después, se la habías regalado para su cumpleaños. Fue un momento doloroso, aunque entonces pensaste que tal vez había sido una coincidencia, cualquiera podía comprar una brasilera como esa, y la blusa no te era familiar. Te resistías a la idea de que tu hija mayor estuviera muerta. Pero el ADN no miente, hace menos de un mes llegaron los resultados y confirmaron lo que tanto temías.

Por eso hoy estás aquí esperando a Marta, lo que queda de ella, bajo este sol abrasador que sólo se mitiga por las carpas y la brisa decembrina que corre sin descanso. El corazón se sobrecoge ante la certeza de su muerte, de saber que jamás volverás a ver su rostro, escuchar su voz, sentir el calor de su abrazo. Ya no hay espacio ni tiempo para una nueva esperanza, ya todo acabó.

Uno a uno comienzan a nombrar a las víctimas, en total son treinta y seis hombres, dos mujeres y dos menores. Sus familiares se acercan unos llorando, otros callados, a recibir los restos de sus seres queridos. Cuando nombran a Marta te pones en pie, avanzas a paso firme aunque te tiemblan las piernas, el corazón se acelera y los ojos comienzan a nublarse. Contienes las lágrimas, respiras profundo y sigues tu camino, cada paso te parece que dura una eternidad.

Por fin estás frente al funcionario que te entrega sus restos, no miras su rostro, no reconoces sus rasgos, no escuchas lo que dice, en lo único que piensas es en los huesos que ahora sostienen tus brazos. Todo tu cuerpo se tensiona, comienzas a ver pequeñas luces a tu alrededor, sientes que el piso se mueve bajo tus pies, estás a punto de desmayarte cuando un brazo te ofrece su apoyo para bajar los tres escalones que hay antes de regresar a tu puesto. El osario pesa demasiado, no tanto por su contenido como por lo que significa para ti, en él está contenida toda su vida, su historia, sus últimos momentos. Ellos son testigos mudos de tu tragedia. Una lágrima alcanza a escapar de tus ojos contra tu voluntad, pero rápidamente la detienes y escondes en tu mano. Te juraste que ibas a ser fuerte, que no ibas a llorar.

El llanto del hombre a tu lado te hace vulnerable, sientes cómo tus propias lágrimas se atascan en la garganta, te aprietan el pecho y buscan por dónde salir. Tratas de pensar en otra cosa, que estas en otro lugar haciendo lo que sea menos esto, todo con tal de no desmoronarte. Pero no puedes dejar de mirar esa pequeña caja que ahora reposa en tu regazo. Ese montón de huesos incompletos es todo lo que queda de tu hija, tu primogénita, la misma que se afanó por nacer y que fue tu salvación cuando murieron Alcides y Efraín. Recorres con tu mano cada letra que forma su nombre y que te recuerda que es tu hija quien la habita. No hay quién te dé consuelo, quién te anime a salir adelante. De no ser por tus nietos hace tiempo te habrías echado a la pena, ellos son tu razón de vivir.

Qué vamos a hacer con todos estos muertos

No he podido dejar de pensar en Ofelia, menos desde la versión de Adán Rojas, es como si el fantasma de Marta y su historia me acompañaran a cada instante, siento que si no escribo no las podré sacar de mis pensamientos, pero el trabajo no me deja. Estoy por terminar la última nota del día cuando llaman por un muerto en el barrio Santa Fe, la dirección se me hace conocida, mientras vamos en la moto a toda velocidad, reviso mis notas, es cerca a la casa de Cinthia, en la tarde estuvimos allí en busca de la foto en vida.

No nos equivocamos, esta vez se trata del marido. A Rafael lo mataron a pocos metros de su casa. Él había salido del lugar donde la estaban velando en compañía de una de las sobrinas de su esposa hacia la tienda, no iba ni a mitad de camino cuando bajó a la niña que llevaba cargada y se le acercaron dos hombres en una moto, el parrillero le disparó en tres oportunidades y se fueron. Los disparos y los gritos de la niña alertaron a los vecinos y a la familia pero nada pudieron hacer, ya estaba muerto.

Un familiar me cuenta que días antes Cinthia estaba en la tienda con unos amigos cuando llegó un sujeto en moto y les dijo que tuvieran cuidado, que en esa semana iban a matar a un hombre y a una mujer en el barrio, pero nunca pensó que se trataría de ella y su compañero. Las autoridades van a investigar esta versión.

Vuelvo al periódico pasadas las diez, reescribo la nota de Cinthia y añado lo del marido, van para primera página junto con el N.N. Es curioso cómo los muertos del día les roban protagonismo a los muertos viejos, a los que nadie quiere recordar. La nota de la versión de Adán quedó en la penúltima página de judiciales junto a los accidentes, como si los crímenes que reconoció no fueran tan importantes como los de hoy, como si el dolor no fuera el mismo para sus familias.

En menos de media hora estoy en casa, no quiero saber más de muertos, de restos, de nada, pero de nuevo no logro conciliar el sueño. A veces quisiera dejar todo tirado, alejarme del mundo aunque sea por una semana y pensar en cualquier otra cosa. Cada vez que hablo con mi padre me habla de especializaciones o maestrías que sabe me podrían interesar o me pregunta por el curso de inglés que suspendí cuándo entré a judiciales y quién sabe cuando pueda retomar. He dejado de hacer tantas cosas desde que estoy en esta fuente que ya ni me reconozco, ni siquiera recuerdo cuándo fue la última vez que salí a bailar o a cine, incluso las veces que he ido a la playa últimamente ha sido sólo para buscar muertos y no para divertirme con mis amigos.

Y ahora Ofelia y Marta que no hacen sino rondar mis pensamientos, suplicando que las deje salir, que cuente su historia de una vez por todas. Intento dormir pero es imposible, no tengo más remedio que sentarme a escribir, reviso las anotaciones que he hecho hasta ahora, son más de veinte páginas las que llevo y tengo que condensarlas en máximo cuatro para que llenen dos páginas, es lo máximo que me darán.

A dónde van los desaparecidos

Por: Melisa Flórez

Si la tierra hablara, si los ríos contaran los secretos que en sus profundidades se esconden, tal vez se acabaría la duda, pero no hablan. En silencio aguardan a que algún día un alma caritativa desentrañe la verdad y les devuelva el nombre a los huesos y cenizas que alguna vez pertenecieron a hombres, mujeres y niños que fueron desaparecidos, y que no se resignan al olvido. Viven sin vivir realmente, subsisten en el recuerdo de sus seres queridos que los buscan sin descanso.

Un desaparecido no desaparece realmente, existe cada vez que se pronuncia su nombre, que se cuenta su historia, que se mira su imagen; vuelve cada vez que lo llama el pensamiento, porque pese a que su verdugo quiera negar su existencia, quiera borrar su nombre, su familia se resiste y cada tanto nos reclama, nos

recuerda que también son nuestros desaparecidos, no sólo de ellos, para que no terminen en el olvido.

Aunque la Constitución de 1991 prohíbe en su artículo 12 la desaparición forzada, que está tipificada como delito en la Ley 589 del 2000, y que la Ley 971 del 2005 reglamentó el mecanismo de búsqueda urgente, la acción del Estado para evitar que violaciones a los derechos humanos y la desaparición forzada se siga presentando han sido insuficientes, más si se tiene en cuenta que en el país no se cuenta con una cifra exacta y unificada de los casos de desaparición.

Familiares de las víctimas agrupados en organizaciones como la Asociación de Familiares de Detenidos Desaparecidos Asfaddes, reportan 7.800 casos ocurridos entre 1982 y noviembre de 2006, siendo entre el 2001 y el 2005 el periodo con mayor crecimiento de éste fenómeno, se alcanzó a registrar un promedio de cuatro personas desaparecidas por día. Marta Guerrero es una de ellas.

Su madre y sus dos hijos la esperaban, la mayor haría la primera comunión el primero de septiembre de 2003. Tres años lejos de sus hijos era demasiado tiempo, su trabajo en un almacén de productos agrícolas en Machete Pelao le impedía verlos a diario, por eso y quizá también por la situación de violencia que se vivía en ese entonces, decidió regresar a Santa Marta, pero nunca llegó.

La mañana del 29 de agosto, Marta Guerrero se embarcó en un bus con destino a Santa Marta, en la bodega iban las cajas con su ropa, las ollas y algunas pertenencias que había acumulado durante los últimos años. A la mano sólo llevaba una cartera negra con sus papeles y envuelta en papel regalo una cadena de plata con el dije de un ángel para su hija.

Cuando iban a la altura de Buritaca el bus se detuvo, dos hombres encapuchados subieron y comenzaron a pedir papeles mientras otros tres aguardaban en la carretera. Uno de los dos se dirigió directo a donde estaba Marta y luego de verificar sus documentos le dijo que la acompañara, de nada valieron sus ruegos, ni el llanto, igual la hicieron bajar. El bus siguió su camino mientras a ella la montaban en un carro. En el trayecto probablemente la insultaron y la maltrataron, aún no se sabe, la llevaron a un lugar apartado por los lados de la Aguacatera, en donde finalmente la mataron. Le dispararon dos veces en la cabeza y luego la enterraron. En su tumba improvisada no hubo nombres, ni siquiera marcas, nada que indicara que estaba allí salvo por la tierra recién removida. Pero esto Ofelia Pontón, su madre, no lo supo sino mucho tiempo después, en una de las tantas versiones libres a las que acudió en busca de respuestas.

No dejes que me olviden

Han terminado los discursos, todos han pronunciado palabras bonitas queriendo comprender el dolor de las familias, tu dolor. Han exaltando la labor de quienes han hecho posible la entrega, de sus largas horas de trabajo, de los peligros a los que se han enfrentado, pero sientes que se quedaron cortos, que no les alcanzó para asimilar todo lo que has pasado.

Se acabó el protocolo, las personalidades y los funcionarios comienzan a abandonar el lugar, mientras que tú al igual que mayoría de las familias trata de recobrar las fuerzas, espantar el dolor y reanudar el camino que para muchos se quedó congelado el día en que sus seres queridos fueron desaparecidos.

Dicen que con esto todo está concluido, que es hora de seguir adelante y reconstruir sus vidas, pero si para ti no fue suficiente el saber que Marta estaba muerta, tampoco lo es tener sus restos entre tus manos. Nada basta para asimilar la pérdida y seguir con tu vida. Necesitas saber la verdad, entender por qué te la arrebataron de las manos, saber qué motivos tuvieron para quitarle la vida, sólo entonces crees que podrás continuar. Pero no ha sido fácil, cada vez que sientes acercarte a la respuesta algo pasa.

Una a una seguiste las versiones de Giraldo con la esperanza de hallar la verdad. Dijo que haría lo posible por averiguar qué había pasado, que ya no tenía el control de sus hombres, que era “Jorge 40” el que estaba al mando en ese entonces, que algunas veces sus hombres hacían cosas en su nombre pero no era así, excusas que para nada aliviaban el dolor y alargaban la espera. Audiencia tras audiencia tenías que soportar el horror de otras muertes, pero nada de lo que decía te ayudaba a entender lo que pasó con tu hija.

Cuando creíste que por fin te daría una respuesta, te sorprendió la decisión del Gobierno de extraditarlo a Estados Unidos. Aunque te alegró saber que allá tal vez recibiría un castigo mayor por sus crímenes, no compensó la incertidumbre, el no saber qué pasó. Dijeron que eso no afectaría el proceso de Justicia y Paz, que él continuaría entregando información, pero lo cierto es que desde que está allá, ha sido más difícil encontrar la verdad.

Te concentraste entonces en los mandos medios, buscaste entre los demás desmovilizados alguna respuesta, cualquier pista que pudiera despejar la duda, pero fueron más y más sesiones de tortura. Escuchar cómo habían asesinado, torturado o desmembrado a otros seres humanos conseguía aumentar tus pesadillas. Imaginabas de mil formas la muerte de tu hija, cómo fueron sus últimos instantes. Cada vez era peor, más sangriento, más desolador, no podías encontrar consuelo.

Hoy al menos te reconforta saber que Marta tendrá un entierro digno, que sus hijos, sus familiares y amigos podrán darle el último adiós, que tendrá una tumba donde ponerle flores y rezar por el descanso de su alma, que ya no estará enterrada en cualquier hueco, sin que nadie la visite, sin que nadie siquiera sepa que está allí.

Respiras profundo, reúnes fuerzas y por fin te levantas de la silla. Te diriges a la salida, en el camino respondes mecánicamente uno que otro saludo que te ofrecen. Tomas el osario con cariño, lo llevas como si en vez de restos, fuera Marta cuando era apenas un bebé y no podía valerse por sí misma, la arrullas, la acaricias, le hablas. No es la primera vez que lo haces, muchas noches de insomnio o en el día, cuando la soledad te abrumaba, hacías de cuenta que estaba a tu lado y conversabas con ella, le contabas cómo había sido tu día, le hablabas de tus dudas, de tus problemas, de las peleas con tus nietos, hasta le pedías consejos, era una forma de mantenerla viva, de honrar su recuerdo. A menudo escuchas su voz, es más bien un susurro que se repite insistentemente, *no dejes que me olviden, no dejes que me olviden, no dejes que me olviden.*

Qué vamos a hacer con todos estos muertos

Contrario a lo que pensaba, hoy tampoco han podido identificar al N.N., y como van las cosas, no sé con qué vamos a llenar las páginas. Hasta ahora sólo tengo dos fusiles AK47 con municiones, encontrados en una casa abandonada en la vereda Aguas Frías a 30 kilómetros de Guachaca, no se sabe si son de “Los Paisas” o de “Los Gaitanistas”, que ahora se pelean por el control de las rutas para sacar la droga de la sierra, a la larga da lo mismo; también hay un capturado con dos kilos de coca y tres de marihuana al que no le podemos sacar la foto porque es menor de edad y que seguramente quedará libre pese a ser la tercera vez que lo cogen.

Aprovecho que a Jose lo mandaron a tomar unas fotos para Distrito, a ver si termino la crónica de una vez por todas, y de paso me puede ayudar a llenar las páginas, al menos dos más, el día ha estado demasiado quieto. Sigo donde me quedé anoche.

La búsqueda

La situación de violencia que vivía el Magdalena en ese entonces, en especial en el corregimiento de Guachaca, fue uno de los tantos obstáculos que debió vencer Ofelia, pero quizá lo que más le dolió fue la indiferencia, la marginación y la estigmatización que se vive al tener un familiar desaparecido.

“Cuando pasas por situaciones como ésta, terminas aislándote, y dejas de hacer tantas cosas. Cuando la gente sabe que a un familiar de uno lo desaparecieron, se previene y empiezan a hablar a tus espaldas, dicen que si lo desaparecieron por algo sería, que quién sabe en que andaba metido, pero mi hija era una buena persona, un ama de casa, no se metía con nadie. Es la hora que no sabemos por qué la mataron. Las autoridades no son muy distintas, uno va a poner la denuncia y a veces son muchos los prejuicios. No siempre saben cómo atender a la gente, el que me recibió la primera vez me dijo que seguro Marta se había fugado con el mozo, que eso pasaba siempre.”

Ofelia tuvo que esperar tres años para poder hacer la denuncia formal de la desaparición de su hija y aún entonces, le aconsejaron que tuviera cuidado, que mejor se quedara quieta con eso porque la podían perseguir a ella y a sus nietos, sin embargo, siguió adelante. El seis de junio de 2007 se convirtió entonces en uno de los peores días de su vida, esa tarde escuchó de la boca de Hernán

Giraldo que Marta efectivamente estaba muerta, que la habían matado y enterrado en una fosa.

Cuatro meses y veintiún días después, gracias a la información entregada durante las versiones libres de Giraldo, el Fiscal de Exhumaciones de Justicia y Paz junto a su equipo conformado por un antropólogo, un topógrafo, un fotógrafo, un auxiliar de campo y el apoyo de un grupo del DAS encargado de velar por la seguridad, realizaron la exhumación de sus restos, que inicialmente fueron catalogados como N.N.

Y es que después de Antioquia, Magdalena es el segundo departamento del país con el mayor número de cuerpos encontrados tras el proceso de desmovilización de los Paramilitares, y que ha permitido saber la suerte de muchos de los desaparecidos de los últimos diez años. En el departamento se han encontrado 335 restos, 55 menos que en Antioquia, de los cuales sólo 129 han sido identificados y entregados a sus familiares.

De acuerdo con los datos entregados por la Unidad de Justicia y Paz, los restos encontrados pertenecen en gran medida a habitantes de la zona, víctimas del accionar de las FARC y el Bloque Norte de las autodefensas, al mando de Jorge 40. Las zonas donde se han encontrado mayor número de fosas han sido los corregimientos de Siberia, San Pedro de la Sierra y Guachaca, pero también se han visto afectados Las Trojas de Cataca, Aracataca, Gaira, Algarrobo, Ciénaga,

El Piñón, Fundación, Sitio Nuevo, Remolino, San Ángel, Pivijay, Santa Clara y Santa Marta.

Identificación y entrega

No basta con que los restos de una persona hayan sido encontrados en el lugar donde sus victimarios señalan o que las investigaciones apunten a que se trata de la víctima, es necesario cotejar antes las características físicas, la historia clínica, la identificación de las prendas si es que se encuentran en el lugar y finalmente la prueba de ADN, para garantizar la identidad de la persona y poder ser entregada a sus familiares.

Esta labor puede tardar varios días e incluso meses ya que el país sólo tiene cuatro laboratorios que están ubicados en Bogotá, Cali, Medellín y Barranquilla, y a que no siempre se cuenta con el personal o los recursos suficientes para atender la cantidad de casos que se presentan. Desde que inició Justicia y Paz hasta el siete de mayo de este año, en Colombia se han encontrado 1906 fosas en donde han sido hallados 2329 cuerpos de los cuales se ha establecido la posible identidad de 636, entregado 532 a sus familiares, 58 están pendientes de entrega y 7 han sido entregas simbólicas.

En el caso de Marta no fue diferente, Ofelia tuvo que esperar más de un año para poder tener en sus manos los restos de su hija. Una blusa y en especial una

brasileña que le había regalado en su último cumpleaños fueron los primeros indicios a la hora de identificar los restos incompletos hallados en la Aguacatera, pero fue una prueba de ADN la que confirmó que se trataba de ella.

Este capítulo de la historia se cerró la mañana del cinco de diciembre de 2008 con una ceremonia especial realizada en la Quinta de San Pedro Alejandrino, en la que junto a otras 39 familias, Ofelia recibió los restos de su hija Marta Guerrero Pontón. Hasta el momento ha sido la mayor entrega registrada en el país desde que inició Justicia y Paz, y corresponde a personas que fueron desaparecidas por grupos subversivos y de autodefensas entre 1992 y 2006 en los departamentos de Cesar, Atlántico, Bolívar y Magdalena.

Pero la historia de Marta y Ofelia no termina ahí, aún queda una tarea pendiente, saber el por qué de su muerte. Con los años Ofelia ha podido rearmar poco a poco la historia, ya sabe cómo desapareció, quién dio la orden, dónde y cómo fue asesinada, ya recibió sus restos y les dio cristiana sepultura, pero aún no sabe qué motivos tuvieron para asesinarla, para ella no era más que una mujer trabajadora, madre de dos hijos y cabeza de familia, dedicada a su hogar y su trabajo, pero eso quizá sólo lo sabrá en un par de meses cuando rinda versión libre uno de los implicados en su muerte, y tal vez entonces Ofelia por fin pueda dejar de buscar.

Creo que al fin he terminado, no me convence tanto como lo otro que había escrito de ella, tal vez la revise más tarde, por ahora vuelvo a salir, han aparecido los familiares del N.N., están en la morgue y toca hablar con ellos.

El muerto era Rolando Pérez Contreras de 31 años, soltero, samario, dedicado a oficios varios, residente en Pescaíto. Según su familia había salido hace dos días con un hermano que vende cerveza en la bahía, luego se encontró con unos amigos y se fue con ellos. No volvieron a saber de él hasta que lo vieron en el periódico.

Apenas si terminamos de tomar los datos cuando nos avisan de dos muertos en un bar por la Avenida del Río, no estamos tan lejos y llegamos enseguida, los policías están colocando las cintas y Jose puede tomar algunas fotos. Uno quedó en la silla y se le ve bien la cara, se alcanzan a ver dos disparos uno en el rostro y otro en el pecho. El otro al parecer trató de correr, está boca abajo casi llegando a la puerta, tiene al menos dos disparos en la espalda y uno en el brazo.

Hasta ahora lo que nos dicen es que ambos estaban tomando con varios amigos en una mesa cerca a la puerta, cuando llegaron dos en moto, una Bóxer negra sin placas, el parrillero se bajó y les disparó, luego se volvió a subir y se fueron hacia el lado de las Malvinas, la policía los está buscando.

Oscar Escobar Molina, 28 años, mecánico, unión libre con Ana Rovira, dos hijos, residente en El Pantano, segundo de cuatro hermanos, hijo de Albeiro y Ana, dos tiros uno en la cara otro en el pecho. Alfonso Guarnizo Robles, 21 años, mototaxista, soltero, un hijo, menor de seis hermanos, hijo de Rafael y Berta, residente en Las Malvinas, cuatro tiros, uno en la pierna izquierda, otro en el brazo izquierdo y dos más en la espalda.

La noche se sigue complicando, un herido en un accidente de tránsito de la semana pasada murió, menos mal ya tenemos los datos y podemos ampliar lo que haga falta con la familia. Aunque tenemos la foto en vida y de cuando entró a la clínica tratamos de conseguir la de la morgue, cuando mueren en las clínicas siempre es más difícil, no dejan entrar a nadie pero de vez en cuando conseguimos que algún celador, una enfermera o alguno de los que trabaja allí, nos tome la foto, ya sea con un celular o yo les paso mi cámara que es más pequeña y fácil de esconder. Efectivamente la conseguimos, toca arreglarla un poco, borrarle los tubos que aún tiene y cualquier cosa que delate dónde se tomó para no meter a nadie en problemas y que nos sigan ayudando.

Cuando llego al periódico me esperan tres muertos en un atentado en Ciénaga, también hay un muerto en Fundación y otro en Plato. El jefe está emocionado, no hace más que repetir que quiere más muertos, cómo si los que hay no fueran suficientes, aún no entiendo cómo alguien se puede alegrar así por la muerte de otro ser humano.

No dejes que me olviden

Ha pasado poco más de una semana desde que te entregaron los restos de Marta y sólo hasta hoy la puedes sepultar, los trámites y la asignación del osario se demoraron más de lo que creías, unos problemas en la alcaldía y la burocracia de siempre lo demoraron. Les habían dicho que todo estaba listo pero no fue así. Tenerla en casa junto a tus nietos fue difícil, no pudiste evitar que quisieran verla y con eso volvieron las preguntas. Por qué estaban incompletos, qué había pasado con el resto, por qué habían matado a su madre, qué le habían hecho, pero las palabras se te atragantaban. Lo poco que sabes o intuyes, es demasiado duro como para mencionárselos, pero un no sé, ya no es suficiente.

Vanesa y Fredy ya no tienen nueve y seis años, han crecido un poco pero para ti no dejan de ser niños, quieres protegerlos a toda costa, pero ellos también reclaman la verdad, la misma que te has afanado por buscar durante todos estos años. Tratas de suavizar las palabras, de explicarles lo que pasó, les recuerdas a cada instante que su madre era buena persona, que no hizo nada malo, que no merecía lo que le pasó, que lo mejor es recordar lo bueno que vivieron a su lado, que siempre los amó y que donde quiera que esté siempre los acompaña, pero

sabes que no es suficiente, que las palabras no bastan para mitigar el dolor, pero al menos lo intentas.

Ahora están aquí los tres para darle el último adiós, unos pocos amigos los acompañan. Clotilde, como raro, no está, ha llamado horas antes para disculparse de nuevo, para decir que siente mucho el no haber podido viajar, y que le ha mandado decir una misa, sin embargo, preferirías tenerla a tu lado, a fin de cuentas es la única hija que te queda.

El sacerdote ha hecho una bonita ceremonia, le has mandado a hacer una lápida que aunque sencilla, le ha devuelto el nombre. Has recuperado su identidad, es una forma de recordarle al mundo su existencia, ésa que le negaron cuando la desaparecieron, porque sabes que el desaparecido no existe realmente, no está vivo pero tampoco está muerto, simplemente no es, no quieren que sea, por eso se toman la molestia de ocultarlos, de negarlos. No se conforman con matarlos, quieren borrarlos de la faz de la tierra, condenarlos al olvido. Pero la familia no olvida, pese al miedo, los recuerda, los nombra y si es preciso cuenta su historia mil veces con tal de que el mundo sepa de su existencia.

Al principio creías que si no hablabas de Marta dolía menos, pero era peor, el dolor se acumulaba, crecía, te desbordaba. Con el tiempo aunque doliera descubriste que hablar de tu hija era una forma de mantenerla viva, de que exista.

Por mucho tiempo guardaste su ropa, trataste de mantener intacto el recuerdo, las cosas tal y como las había dejado la última vez que la viste, atesorar cada recuerdo, no querías que su esencia se borrara al igual que su presencia, pero era difícil. Un día decidiste regalarlo todo, bueno casi todo, sólo te quedaste con su blusa favorita, la dejó la última vez que vino porque Fredy sin querer le derramó un poco de gaseosa encima y tuvo que cambiarse de afán, algunas joyas que heredó Vanesa y lo que quedaba del frasco de perfume. A veces le echas un poco a la blusa y la aprietas contra tu pecho, no quieres olvidar su olor.

Ahora que estás aquí sepultado sus restos sabes que no la vas a buscar más, tienes la tranquilidad de que has recuperado su nombre, que le has devuelto su identidad, pero sabes que el dolor, que todo lo que sufrieron, que la violencia y la forma como la torturaron no va a desaparecer, que esa herida no va sanar, tal vez se mitigue el dolor, tal vez encuentres consuelo en el castigo de los culpables, pero no desaparecerá del todo.

Hoy le dices adiós, pero aún falta recomponer la verdad, una, dos, tres o quizá más audiencias, las que sean necesarias con tal de entender cómo murió, pero sobre todo, por qué murió, quién la mató y cuál será su castigo. Te da rabia saber que por más muertos que tengan a cuestas, por más sanguinarios que hayan sido, no pagarán más de ocho, quizá diez años de cárcel en el mejor de los casos.

El castigo no es proporcional al delito, cómo compensas la muerte de un ser querido, cómo reparas los años de angustia, de no saber qué le pasó, cómo

remedias los años que pasaron y pasarán los hijos sin una madre, sin un padre, las caricias, lo consejos, las palabras perdidas, cómo enmiendas tanto daño, si ni siquiera la muerte del verdugo parece ser suficiente consuelo.

Qué vamos a hacer con todos estos muertos

Han pasado tres meses desde que me entrevisté con Ofelia y mes y medio desde que salió publicada la crónica. Tuve que esperar un par de semanas más después de que la terminé para que la metieran. No fue precisamente en judiciales pero al menos le dieron dos páginas. Me hicieron recortarle algunas cosas por cuestión de espacio, no quería, pero era la única forma de que saliera, lo importante es que quedó lo esencial. Aunque hubiese preferido que fuera algo mejor, tal vez algún día encuentre quien publique mis notas, toda esa historia, ese dolor que quedó por fuera por una política editorial, por espacio, porque no vende, por la razón que haya sido. Ya no sé si pueda seguir haciendo este trabajo de la misma manera.

Tal como le había prometido a Ofelia, no sólo le avisé en cuanto salió publicada la crónica sino que también le llevé el periódico. Estaba feliz de que la gente conociera su historia, aunque no dejaba de ser doloroso el reencontrarse con todos esos recuerdos. No sé si además de a ella, haya logrado conmover a alguien, aunque haya sido uno solo, me doy por satisfecha.

Hoy estoy aquí, en la Unidad de Justicia y Paz, en pocos minutos empieza la versión de R-8. Pedí cubrir esta nota, aunque no es mi fuente habitual. Al igual

que Ofelia quiero, necesito saber la verdad, tratar de entender la realidad de este país en el que me ha tocado vivir. Podría decir que es sólo trabajo, que no hay nada más hasta ahora, que tengo que llenar páginas como sea, pero no es así, hay algo en su historia que no me deja tranquila, necesito hallar respuestas.

Ofelia también ha llegado y se alegra de verme, aunque puedo quedarme en la sala donde está R-8, luego de tomarle las fotos que necesito, prefiero quedarme en la sala en la que están los familiares de las víctimas. A las nueve y diez inicia la versión, con las formalidades de siempre.

En Santa Marta, a los dos días del mes de septiembre de dos mil nueve, siendo las nueve y diez de la mañana, concurre a las instalaciones de la Unidad de Justicia y Paz, Yeison Alexander Guarnizo Gil, también conocido con el alias de R-8, identificado con la cédula número 16.529.863, desmovilizado del Bloque Resistencia Tayrona, a rendir versión libre y espontánea dentro del expediente número 3816-04.

Estoy pendiente de los celulares que puse en modo silencioso, y cada tanto salgo a llamar al 112 por si pasa algo. Espero que todo siga tranquilo, no quisiera tener que irme y perderme la versión. A eso de las diez comienzan las preguntas de los familiares, Ofelia es la cuarta. Por intermedio de un funcionario le pregunta a R-8 por la muerte de su hija. Luego de revisar algunos papeles y conversar algo con su abogado dice:

Marta Guerrero Pontón, sí, a ella la matamos el 29 de agosto de 2003, la orden la dio alias "Walter". A él le llegó información de que la señora era informante de la guerrilla y que aprovechaba su trabajo en el almacén agrícola para pasarles insumos para la elaboración de explosivos. Le dijeron también que iba a Santa Marta a verse con sus contactos para organizar un ataque, por eso la detuvimos cuando iba en un bus, por los lados de Buritaca. Nos la llevamos en un carro por los lados de la Aguacatera, tocaba sacarle la información como fuera, la golpearon bastante pero ella no decía nada, lo negaba todo. A mí me tocó irme para otro sitio a hacerle unas diligencias al patrón, luego me enteré que también la habían violado, y como no dijo nada la terminaron matando y la enterraron por allá.

Ofelia no puede contener las lágrimas y la rabia, repite una y otra vez que eso es mentira, que ella no es una guerrillera, pero él no puede escucharla, sólo los que compartimos esta sala podemos oír sus reclamos, sentir su dolor. El corazón se me encoge y las lágrimas luchan por salir, quiero consolarla, decir algo que la ayude a mitigar el dolor, pero las palabras no salen, no sé qué decir, me quedo ahí, a su lado, mientras se desahoga con la imagen que se refleja en la pantalla.

Como al mes nos enteramos que nos habían dado una mala información, que la señora no era nada de lo que nos habían dicho. Su compañero Antonio Ávila estaba dolido porque lo había dejado e inventó todas esas cosas. Cuando "Walter" se enteró no le gustó para nada y lo mandó a buscar, a ese sí que le fue peor, se lo llevaron pa' la montaña, allá lo tuvieron varios días, le metieron corriente, lo

mantenían desnudo casi todo el tiempo y a cada rato le metían planazos o lo cogían a puño limpio, al final le cortaron las manos, le quitaron la legua y cuando estuvo muerto lo terminaron de descuartizar y dejaron los pedazos a un lado de la carretera. El jefe quería que la gente supiera que con ellos se iba en serio y el que nos hacía cometer un error lo pagaba. Es que había gente que le caía mal un vecino, o no quería pagar una deuda, o le habían puesto los cachos y venía e inventaba cosas para que uno se deshiciera de sus problemas, también había gente que por ganar plata daba malas informaciones, es que en ese entonces se podía pagar entre cien mil y doscientos mil por un dato cómo ése.

Es tan increíble lo que escucho, que parece irreal, sacado de una película de terror, pero no, es cierto, y aunque sucede, raras veces sale en los medios nacionales, a veces la dan más importancia a un partido o una reina que a esto, y en los medios locales como en el que trabajo se vuelve tan rutinario que al final termina relegado, olvidado por el siguiente muerto, tanto que el día en que no hay muertos la gente en vez de alegrarse reniega, se queja, pide sangre. Entre más sangrienta sea la foto mejor, se vende más.

Será que tantos años de violencia nos han vuelto insensibles ante el dolor, o es que preferimos evadir la realidad, olvidar el horror, hacer de cuenta que no existe y así poder seguir con nuestras vidas. Nunca antes, tuvimos que enfrentarnos en tan poco tiempo, a la tarea de desenterrar a tantos compatriotas que terminaron en fosas comunes y que además sabemos, fueron víctimas de toda clase de

vejámenes y atropellos. Tal vez aún no hemos aprendido a manejar esa realidad y creemos que es más fácil negarla, minimizarla, hacer de cuenta que no pasó o que no nos afecta. No lo sé, ni siquiera estoy segura de querer seguir en judiciales, lo único cierto es que el día que deje de conmoverme la muerte de otro ser humano, por más que crea que lo merezca, estaré perdida.

El teléfono vibra, me llaman para avisarme de un muerto, aunque quiera no puedo quedarme, debo salir corriendo como siempre, ya Jose alista la moto y nos vamos, esta vez no llegamos al periódico por la camioneta, no queremos perder tiempo y preferimos aventuramos en la moto, al parecer es un turista que se ahogó por lo lado de Bahía Concha, no es tan lejos. La vida sigue, los muertos también.